

Índice:

Tecnología contra Civilización Página 3
Bertrandt Louard

Tecnología y disolución de Clases.....Página 15
Miguel Amorós

Carta abierta a los primitivistas.....Página 27
Crítica a las tendencias llamadas "primitivistas" desde una posición antiindustrial y libertaria. Por la superación de modas estéticas y para alcanzar herramientas teóricas y prácticas que verdaderamente puedan tener una aplicación revolucionaria en la vida real.
Los Amigos de Ludd

¿Dónde estamos?.....Página 49
Algunas consideraciones sobre el tema de la técnica y las maneras de combatir su dominio.
Miguel Amorós

Sobre las bases místicas de laPágina 62
"Neutralidad" de la Tecnología.
Willful Disobedience

Nanotecnología y Control social.Página 65
Willful Disobedience

Lecturas sobre
**TECNOLOGÍA Y
DOMINACIÓN**



Bioregión Valle Maipo, 2011
Editorial Germinal * Colección Deconstruir
Ed.germinal@gmail.com
www.editorialgerminal.tk

Editorial Germinal en una iniciativa de propaganda, cuyo propósito es aportar a la difusión y desarrollo de ideas que contribuyan a superar la moral impuesta por el poder, anteponiendo los valores de la solidaridad, el apoyo mutuo y la negación de la autoridad como herramientas para la construcción de comunidades en armonía con su entorno, sustentables y libre de explotación.

Como ácratas, asumimos una perspectiva ecológica y antiespecista de pensar la realidad; sembrando sus ideas y promoviendo su análisis crítico, aportando siempre al debate fraterno con las diversas luchas que como oprimidos/as levantamos hacia nuestra emancipación.

Es entonces en este proyecto donde ponemos en marcha dichas ideas, asumiendo desde la práctica relaciones y actitudes que rompan con las lógicas de la mercancía y el poder, aportando desde este espacio a germinar los caminos para la anarquía...

individuos capaces de cualquier tipo de acción autónoma, debemos actuar destructivamente contra el sistema de control social en su totalidad, la totalidad de esta civilización en la que las máquinas la tienen tomada con la gente y la gente se transforma lentamente en máquinas. Aquí y ahora.

Apoyamos la reproducción parcial o total de esta obra bajo cualquier medio,
con fines de difusión y propaganda y sin pretensiones de lucro.
La propiedad es un Robo, Copia y Pasa.

tecnología, por supuesto, es neutra. Que estos desastres parecen seguir una razón tras otra de algún modo no plantea ninguna cuestión sobre esta supuesta neutralidad, como si algún "buen uso" fuese posible.

El papel de los expertos ha sido siempre justificar el sistema tecnológico, para explicar como la proesión de desastres es debido simplemente a incidentes aislados, aberraciones que no reflejan en absoluto el sistema en si mismo. No podemos permitirles por más tiempo tomar las decisiones sobre estos asuntos. Recuperar la capacidad de decidir por nosotros/as mismos/assobre estas cuestiones, puede llevarnos exclusivamente en una dirección, el ataque contra el sistema de dominación y explotación en todos sus aspectos. A la vez que los expertos científicos nos hablan sobre estas tecnologías, están describiendo una decisión que ya "cuelga" sobre nuestras cabezas. Buscar cualquier dialogo con ellos o con los poderes dominantes a los que sirven es inútil. Debemos reconocer estos desarrollos por lo que son; el mayor robo de nuestras vidas, un ataque sobre cualquier capacidad para la autodeterminación que pueda quedarnos.

La oposición a estos últimos desarrollos tecnológicos no puede seguir el mismo camino que pasados movimientos de oposición, movimientos que intentaron dialogar con los amos de este mundo. En tal dialogo, los amos siempre ganan. Quizá en algunos lugares, las monstruosidades producidas por estas tecnologías han tenido que ser etiquetadas, así que tenemos una "oportunidad". Pero a pesar de ello se han convertido en algo más de nuestra existencia.

La nanotecnología crea monstruosidades minúsculas capaces de los mayores horrores, ya que son capaces de llevar el sistema de control social directamente al interior de nuestros cuerpos. No podemos pretender por más tiempo que existe alguna posibilidad de diálogo. Es un hecho evidente para los dominadores de este mundo que el mantenimiento de la paz social es un acto de guerra contra todos/as los/as explotados/as y desposeídos/as. Aquellos/as de nosotros/as que deseamos la libertad necesitamos poder crear nuestras vidas según nuestros propios términos, quienes deseamos permanecer como

Tecnología contra civilización

Bertrandt Louard

Génesis de la tecnología

*"El poder, como una pestilencia desoladora,
Contamina todo lo que toca; y la obediencia,
Azote de todo genio, virtud, libertad, verdad,
Hace esclavos a los hombres y al andamiaje humano."*

Un autómata mecanizado

Percy Bysshe Shelley

Technology es en su origen una palabra que designa simplemente una tecnología particular; el término "tecnología" es un anglicismo que se ha impuesto para designar las técnicas más modernas: se habla de buen grado de tecnología espacial para designar la fabricación y el uso de cohetes, pero no se hablaría de tecnología a propósito de carpintería, plomería o albañilería más que para referirse a las herramientas o los materiales que hagan intervenir un elemento de esas técnicas-punta (por ejemplo, una máquina con cerebro electrónico, piezas normalizadas o materiales nuevos). Ratificamos tal uso utilizando esa palabra según el sentido que le será ya propio para designar el complejo industrial y técnico característico de nuestra época y la ideología del progreso material que lo acompaña.

La tecnología es un conjunto de técnicas, de útiles y de máquinas, de organizaciones y de instituciones, e igualmente de representaciones y de razonamientos producidos con la ayuda de un conocimiento científico muy avanzado de ciertos aspectos de la naturaleza y de los hombres. Ese conocimiento no puede lograr tal grado de dominio y de precisión especializada más que por medio de los productos tecnológicos que sus adelantos anteriores habían permitido a la industria poner a punto. Por ejemplo, las manipulaciones genéticas son inimaginables sin conocimientos muy especializados en biología molecular, y estos conocimientos son a su vez imposibles de adquirir

sin la ayuda de un aparato complejo que ponga en marcha un campo muy elaborado de la física, la química, etc.

Así, cada tecnología pone en funcionamiento técnicas muy diversas con una gran precisión, y por tanto el desarrollo tecnológico induce una coordinación entre los diferentes sectores industriales, la normalización de las técnicas y los productos, la regulación estricta de los intercambios, y todo eso a su vez induce el desarrollo de tecnologías debido a las capacidades nuevas de producción y a los elementos de base normalizados y recombinables a voluntad de los que se dota la producción industrial. En el comienzo de la era tecnológica, con la aparición de la industria nuclear y aeronáutica, el Estado había asegurado de manera autoritaria y voluntarista en primer lugar esa coordinación a gran escala de diferentes sectores industriales necesarios para la producción de armas nucleares y de sus vectores, ahora, el movimiento de concentración de capitales en grandes sociedades con actividades diversificadas persigue de manera autónoma, en su impulso, esa unificación del sistema tecnológico a escala planetaria con la mundialización de los intercambios mercantiles.

En ese sentido, la tecnología es un estadio superior de la técnica: en primer lugar porque ha adquirido las bases que le son propias a partir de formas precedentes, pero sobre todo porque se ha creado a partir de ahí, de alguna manera, un mundo que le es propio. Hasta ahora, la técnica era esencialmente empírica, salida de la práctica de las artes y oficios, desde el Neolítico al siglo de las Luces; luego metódica, con el desarrollo de los conocimientos científicos del siglo XVII hasta comienzos del siglo XX. Durante ese período, la investigación científica no tenía más que algunas relaciones directas con las aplicaciones técnicas, que eran sobre todo un asunto de los ingenieros. La ciencia tenía como objetivo principal la comprensión del mundo físico y la descripción de la naturaleza, la investigación se llevaba a cabo vinculada a la enseñanza en las universidades y los institutos. La ciencia no era entonces más que la base teórica sobre la cual los ingenieros se apoyaban para poner en marcha las técnicas y dominar

Estado? ¿Quién protegerá a los/as niños/as de las redes ineludibles del control tecnológico?

La importancia de la investigación tecnológica para aquellos que tienen el poder, se hace evidente frente a la enorme apropiación de fondos invertidos en ella. El gobierno de los EEUU invierte de 600 a 700 millones de dólares al año en este sector. La Unión Europea también invierte cientos de millones de euros en esta investigación en la que intervienen multinacionales como Philips, Motorola, y STMicroelectronics.

Estos chips demuestran sólo una de las maneras en las que la micro y nanotecnología desdibuja la distinción entre lo vivo y lo muerto a través de la penetración de la máquina en un cuerpo vivo -el cibernético¹³ de la ciencia ficción-. Pero la nanotecnología lleva las cosas aún más lejos, con la creación actual de máquinas orgánicas a través de la manipulación atómica. Es aquí, con la creación de máquinas que parecen llevar a cabo funciones biológicas (proponentes de la nanotecnología han hablado de máquinas capaces de reproducirse así mismas utilizando métodos similares a la reproducción asexual de las células), donde surge el miedo por el "grey goo"¹⁴, el miedo de que estas máquinas microscópicas capaces de reproducirse pueden invadirnos poco a poco, destruyendo moléculas para llevar a cabo sus funciones programadas y destruirlo todo en el proceso.

Por supuesto, este miedo es del tipo más extremo y apocalíptico. Pero en el nombre del "progreso" incluso los miedos más legítimos -como el miedo a la monitorización total de la existencia, o el miedo a una posible infección por desarrollos nanobiotecnológicos- tiene que ser dejados a un lado. Los delitos de la tecnociencia y los desastres causados por esta son siempre atribuidos a un "mal uso", porque la

¹³ Cibernético: entrecruzamiento de persona humana y máquina.

¹⁴ Grey Goo (Goo Gris) - Total extinción del ser humano provocada por nano-máquinas sobre las que se pierde el control y que se multiplican hasta el infinito, utilizando toda la materia viva y los minerales que encuentran a su paso.

"Goo" se refiere a una multiplicación en cadena y masiva, incontrolada, de estas células-máquina microscópicas. El color "Gris" esta asociado a las máquinas.

secuestros de las personas ricas. Pero otras posibilidades mucho más siniestras no son olvidadas. La compañía CEO sugiere que el Veri-Chip puede resultar una gran alternativa a la "green card"¹² y también ha recomendado su uso sobre niños, ancianos y presos. Una tecnología como ésta con un gran potencial para el control social probablemente será introducida de forma creciente, hasta que sea considerada como algo normal. Tras ello sólo será cuestión de un pequeño paso para hacerla obligatoria al principio a través de un chantaje indirecto: "no, no tienes que llevar este chip colocado bajo tu piel si no quieres, pero si no lo llevas no serás capaz de conseguir un trabajo, beneficios colectivos, tener una cuenta bancaria, hacer compras, etc. etc..." Pero posiblemente terminará siendo legalmente requerido con multas por negarse o quitarse el chip.

De hecho, en Gran Betaña el gobierno ha propuesto implantar estos chips a condenados por pedofilia. Estos chips no solamente registrarán la localización de quien "lo viste", sino también la tensión arterial y el ritmo cardíaco. En otras palabras, no los signos específicos del despertar sexual, pero sí aquellos relacionados con la agitación nerviosa y el miedo; el mismo nerviosismo y miedo que un/a ladrón/a o un/a saboteador/a debe sentir mientras está actuando. Utilizando la alarma alentada por los medios sobre la pedofilia -un caso definitivo de crear conciencia pública a favor del aumento del control social en nombre de los/as niños/as- el proyecto de trasladar el control social directamente a nuestros cuerpos se justifica. Y una vez que la gente se haga a la idea de que ciertas personas deberían estar monitoreadas, esta monitorización será fácilmente ampliada en alcance.

El miedo por la seguridad de los/as niños/as, ya facilita el ensanchamiento de esta monitorización. Expertos y asociaciones de padres de Gran Betaña recomiendan que a todos/as los/as niños/as le sea insertado el chip después de que dos chicas fueron violadas y asesinadas en 2002. De esta manera todos los/as niños/as se convertirán en los guardianes del Estado y en sus aparatos tecnológicos de por vida. A partir de aquí la cuestión será: ¿Quién protegerá a los/as niños/as del ojo penetrante de sus padres y del

sus aplicaciones industriales. Sólo a partir de la mitad del siglo XX la investigación científica ha estado más estrechamente ligada al desarrollo de técnicas, al mismo tiempo que sus métodos eran aplicados al estudio de la vida, del hombre y la sociedad. El Estado ha tomado a su cargo en primer lugar su financiación y enseguida su organización para orientarla más específicamente hacia conocimientos directamente operativos y con aplicaciones técnicas¹. A partir de ahí, realmente, todo nuevo saber debe servir para acrecentar el poder sobre la naturaleza y los hombres en beneficio de las instituciones que lo financian.

Es preciso reconocer que la técnica es uno de los aspectos determinantes de la historia del siglo XX, hasta ahora relativamente descuidado por las diferentes corrientes de la crítica social radical. "La mayor parte de la crítica social ha considerado siempre que los adelantos científicos y técnicos eran los aliados absolutos del proceso de emancipación, y no ha imaginado nunca que, en tanto que creadores de nuevas servidumbres, convertirían a la dominación en algo insuperable"². La afirmación corriente según la cual "la técnica no vale más que por el uso que se hace de ella" evita justamente plantearse la cuestión política de saber quién aplica la técnica y para hacer qué exactamente, y hace pasar a los medios técnicos como políticamente neutros, como si no indujesen ninguna presión en la organización de los asuntos humanos: no es por nada que los estalinistas han apoyado el programa electro-nuclear francés que implica para su seguridad y funcionamiento un poder fuerte y centralizado que es la forma política de poder que siempre han admirado.

La tecnología etimológicamente "ciencia de los útiles" es la técnica científica, es decir, el discurso racional (logos) aplicado a la organización de la producción (tekhné). Pero por "discurso racional" hay que entender aquí el discurso de la razón abstracta de las ciencias y del cálculo económico cuya objetividad no quiere considerar más que las cualidades primarias de las cosas objetos provistos de una

¹² Green card: Tarjeta para inmigrantes residentes en EE.UU.

¹ Sobre la historia de la institución científica, véase J.J. Salomon, *Ciencia y política* (1970).

² Miguel Amorós, ¿Dónde estamos?, febrero 1998

cierta cantidad de energía con forma de masa y movimiento y no considera para nada los intereses y pasiones subjetivas de los hombres más que como una especie de irracionalidad, siempre explotable por la publicidad para mejor poner en movimiento masas de mercancías. La tecnología es también una ideología, "la lógica de una idea" (H. Arendt), y esa idea que llega a determinar todas las actividades sociales es que la técnica (y el intercambio mercantil sobre el cual el capitalismo quiere fundar todas las relaciones sociales es en ese sentido un acto puramente técnico, es decir en el que no se tienen en cuenta más que "el frío interés, el dinero contante y sonante" y ninguna consideración humana) puede realizar automáticamente todos los valores a los que aspiran los hombres, todo el Bien deseable. A diferencia de las religiones que preconizaban la pasividad y la resignación, todas las ideologías se pretenden a sí mismas científicas, porque su objetivo es movilizar la actividad humana para realizar su idea en la Tierra. Las ideologías quieren tener una acción efectiva sobre el mundo, y parten por tanto del conocimiento científico de una realidad que, por su objetividad, consiguen transformar efectivamente, a la vez que pretenden dejar las cuestiones políticas en manos de los que determinan su uso.

La tecnología es la Ideología Materializada por excelencia, ha suplantado a todas las demás porque es, inmediatamente, la materialización en actos y la actividad que materializa la razón abstracta, es decir, la visión y los presupuestos metafísicos de la ciencia sobre la naturaleza y los hombres que han sido de manera subyacente el fundamento de todas las ideologías particulares. Es la culminación del ideal cientifista nacido con el capitalismo, según el cual el mundo está regido por leyes precisas y rigurosas "cuyo secreto la ciencia puede arrancar a la naturaleza" para instruir a los hombres y hacer finalmente racional su existencia y su comportamiento. La ideología tecnológica no ve el progreso en términos éticos y políticos, sino en términos materiales y técnicos: ¿cómo organizar racionalmente a los hombres para contentarles?³

³ Sobre el cientifismo, véase el folleto *El enemigo es el hombre* (1993). Un resumen de la crítica de la ciencia en *Observaciones sobre la agricultura genéticamente modificada y la degradación*

desarrollada en el bastidor de los estudios militares. Un claro ejemplo de ello son los MEMS (Sistemas Mecánicos Microeléctricos), la primera generación de las nano-máquinas. Estos aparatos son receptores y motores en miniatura que tienen el tamaño de un grano de polvo, prototipos de los que están entrando en el mercado. La aplicación que actualmente está siendo estudiada es una tecnología de vigilancia que pueda rociarse sobre el campo de batalla o bajo un área de observación, para recopilar ciertos tipos de información.

De hecho, esto es muy similar al "smart dust"¹¹ que puede ser presentado como una "comodidad" al poder ser esparcido sobre las paredes de los edificios, conectado a la calefacción, al aire acondicionado o al sistema eléctrico y encargarse de encender o apagar calentadores, aires acondicionados, luces, etc. cuando fuese necesario. Pero los experimentos también están dirigidos hacia posibles usos del "samrt dust" como método de vigilancia policial.

El robocop o soldado robot del futuro es probablemente como un micro o nano-robot, versátil, relativamente económico, casi imposible de detectar, capaz de introducirse casi en cualquier espacio.

La Nanotecnología es un medio ideal para extender ampliamente el control social. Esto puede observarse teniendo en cuenta el Veri-chip, un producto de la compañía de Florida, Applied Digital Solutions. Este chip es del tamaño de un grano de arroz y se introduce en la piel a través de una inyección. Puede programarse para acumular información acerca de la persona en la que se ha introducido y establecer comunicación con un GPS (Sistema de Posición Global). Se presentó al mercado en abril de 2002. La compañía lo publicita como un método de almacenar el historial médico directamente en nuestro cuerpo y como un tipo de guardaespaldas electrónico para evitar los

¹¹ Proyecto "Smart dust"- Su objetivo es la creación de diminutos sensores mecánicos microelectrónicos inalámbricos (MEMS). Estos dispositivos pueden tener el tamaño de un grano de arena, a pesar de contener sensores, circuitos electrónicos, tecnología bidireccional de comunicación inalámbrica y un dispositivo que suministre energía. Controlan el suministro eléctrico de los componentes de un sistema para preservar la energía, obteniendo a su vez medidas de parámetros tales como temperatura, luz ambiental, vibraciones, aceleración, presión del aire, para procesar y almacenar de datos.

aviones confeccionadas por proteínas que funcionan como adhesivos si el ala se ve dañada y así la reparan, conjunto de átomos utilizados como alimento y bebida que son capaces de combinarse de varios modos para crear el alimento o la bebida deseada, ordenadores ultrarrápidos con circuitos basados en "esqueletos" de ADN⁹, conductores eléctricos a escala nanométrica en base proteica- por ejemplo "plásticos vivos" contruidos a partir de una bacteria manipulada genéticamente capaz de producir una enzima que los científicos afirman que puede polimerizarse¹⁰.

Pero esto son simplemente "Knick-Knacks" ("golosinas") sin valor alguno que son exhibidas ante el público para provocar deseos infantiles en el consumidor quien deseará ardientemente su satisfacción. Estos artilugios no muestran más que actividades relacionadas con el público. Mucho más importante son los procesadores de información miniaturizados que pueden encontrarse en cada uno de estos dispositivos. Esta miniaturización abre la puerta a la presencia de micro-chips inteligentes en cada producto del mercado. Ya, ciertos productores han colocado estos chips en sus productos, permitiendo con ello que los movimientos de estos productos puedan rastrearse. Estos chips miniaturizados a la escala del nanometro serán imposibles de detectar por parte del consumidor.

Con cada uno de los últimos desarrollos tecnológicos, los proponentes de la tecnología también publicitan la utilidad "humanitaria" de ésta - en medicina, producción de alimentos, en el desarrollo general de nuestra forma de vida-. Pero los intereses reales de los gobernantes de este mundo al desarrollar esta tecnología yace lejos de esta utilidad humanitaria (como se ha sugerido en párrafos anteriores).

La nanotecnología, como casi cualquier sistema tecnológico desarrollado en los últimos 60 años, ha sido ampliamente

Ahora bien, la cuestión histórica y social por excelencia es la del progreso. ¿Qué vida merece ser vivida y qué mundo queremos habitar? ¿Qué medios son compatibles con esos fines? Es a la respuesta de estas cuestiones políticas a las que debieran estar subordinados el uso y el desarrollo de las técnicas. Pero el mundo moderno no quiere escuchar oír hablar de estas cuestiones; para él la técnica es la respuesta a todo puesto que acrecienta la eficacia y el rendimiento en el orden material, el único que quiere, justamente, considerar la razón abstracta. Las tecnologías no tiene otro fin que su propio desarrollo indefinido, el cual sólo puede materializar y de ahí justificar los valores de progreso que ellas mismas representan.

En ese encadenamiento circular, donde el uso de la tecnología está justificado por los cálculos muy rigurosos de la razón abstracta, y el uso de la razón abstracta está a su vez justificado por los resultados muy particulares de la tecnología, se puede reconocer la marca de la ideología, que no considera de la realidad más que lo que sus miradas simplificadoras pueden aprehender de ella, y cuyos razonamientos superficiales no sienten más que desprecio por la vida; las ideologías representan, según la expresión usada por Marx para calificar a la economía política de la que han salido todas, "la negación más acabada del hombre". La humanidad no es en efecto ni eficaz ni rentable los técnicos nos lo recuerdan a través de cada una de sus invenciones, las cuales pretenden sustituir a la naturaleza y a las facultades humanas como lo muestran los efectos nocivos que resultan de la puesta en funcionamiento de tal concepción.

"Algunos de los nuestros dicen ciertamente todavía que la máquina los libera. Les libera provisionalmente de una manera, de una sola, pero que impresiona su imaginación; les libera, en alguna medida, del tiempo; les hace "ganar tiempo". Es todo. Ganar tiempo no es siempre una ventaja. Cuando vamos camino del patíbulo, por ejemplo, es preferible ir a pie"

Georges Bernanos, La libertad para hacer qué, 1947

⁹ La nanotecnología está reemplazando a la microelectrónica porque aumenta la fiabilidad de la información que guarda, la capacidad de almacenar y disminuye ostensiblemente el tamaño de cualquier componente o equipo tecnológico.

¹⁰ Polimerizar: Conversión de una sustancia en otra cuya composición química es la misma, pero de un peso molecular mayor.

Fragmentos de ideología

Las tecnologías pretenden suplantar en precisión y en eficiencia a bastantes oficios y técnicas antiguas, pero en realidad lo consiguen porque, en primer lugar, han sido suprimidas las posibilidades de poner en marcha de una manera independiente a estos últimos. Que se piense en el pletórico y cada vez más sofocante aparejo reglamentario que, bajo pretexto de higiene, de seguridad y de protección social no prohíbe pero sí complica considerablemente las actividades productivas más simples (por ejemplo: para llevar huevos un día al mercado, éstos deben estar datados por una máquina electrónica certificada y legalmente controlada...), poniéndolas así al servicio de una empresa y, más generalmente, reservando la distribución a gran escala y la gestión de las normas dictadas a una organización industrial capaz de integrar todas las presiones ligadas a la producción en masa... con la consecuencia de una pérdida de calidad de los productos (falsificaciones y ersatz), la propagación de los efectos nocivos (vaca loca, dioxina, etc.), el crecimiento de las resistencias bacterianas (salmonelosis, etc.) y otras "patologías atípicas" de origen opaco.

Ahora que la automatización se ha extendido a una gran parte del aparato de la producción, los pobres son desposeídos de sus medios de subsistencia autónoma, de lo que antes podían sacar de su actividad libre combinada con la de la naturaleza. De ahí que su exclusión, que no es nada más que un paro forzado en el interior del sistema, no sea a su vez posible más que porque esa misma producción industrial les proporciona a buen precio un ersatz de alimentos⁴. Están así en igualdad con los plebeyos de la antigüedad romana, expulsados de sus tierras por el buen precio del trigo importado desde todo el Imperio y la extensión de los latifundios, sin más perspectiva que el pan y el circo, reducidos a una masa de mano de obra disponible para todas las manipulaciones y las barbaries...

⁴ Véase de Venant Briset, *Mientras aún haya tiempo... Libre opinión sobre la agricultura, el Estado y la Confederación campesina*, octubre 1998.

Nanotecnología y Control social

Willful Disobedience

En la búsqueda del control total de cada aspecto de la existencia, el orden dominante ha comenzado a desarrollar tecnologías capaces de manipular la materia a escala nanométrica, una millonésima parte de un milímetro. A este nivel, el de los átomos y las moléculas, así como de las proteínas, compuestos de carbono, ADN..., la distinción entre lo animado y lo inanimado puede comenzar a hacerse nebulosa y muchos de los planteamientos vinculados con esta tecnología representan esa nebulosidad.

La nanotecnología⁸ crea nuevos productos a través de la manipulación de las moléculas, átomos y partículas subatómicas. Mientras que la biotecnología manipula la estructura del ADN para crear nuevos organismos a través de la recombinación genética, la nanotecnología va más allá, "destruyendo" la materia en átomos para posteriormente unirlos dando lugar a nuevos materiales, literalmente creados átomo a átomo. Actualmente, la atención está puesta sobre el átomo de carbono, pero los científicos están interesados en tener control sobre cada elemento de la tabla periódica para utilizarlos en un futuro. Esto les permitiría combinar características (tales como el color, resistencia, punto de fusión, etc) en formas previamente desconocidas.

La mayor parte de la investigación en nanotecnología está conectada con las investigaciones en biotecnología, en la búsqueda de la posibilidad de manipular los átomos a nivel biomolecular. Este es el origen de la nano-biotecnología. Los proponentes de esta investigación han hecho públicas las muchas posibilidades que pueden alcanzarse al jugar con la línea entre la materia viva e inanimada a nivel atómico: plásticos que se autolimpian al ser la suciedad el alimento de las enzimas que los constituyen, alas de

⁸ Ésta ciencia está desarrollando "máquinas vivas" pequeñísimas. Diminutos robots, mitad célula, mitad circuitos, que incluso pueden ser acoplados a moléculas de ADN ; por lo tanto, multiplicarse. Son las llamadas "nano-máquinas". Son la base de una nueva revolución social y tecnológica, desde medicina, hasta computadoras que aprenderán solas y que crecerán a medida que lo hacen.

las ideas en algo concreto a través de los cuales el orden dominante impone su dominación, la tecnología es un producto del orden dominante, creado para reforzar su dominio. La destrucción del orden dominante implica la destrucción de su tecnología, del sistema de técnicas que es desarrollado para imponer su poder.

Llegados a este punto los sistemas tecnológicos desarrollados por el orden dominante son tan intrusivos y dañinos, que pretender que puedan ser utilizados para cualquier propósito de liberación es un absurdo. Si Marx, siguiendo a Hegel, quiso que la historia tuviera un final, un fin determinado, nosotros/as ahora sabemos que este punto de vista está tan lejos del cristiano como de haber sido alguna vez verdaderamente revolucionario.

La Revolución es una apuesta, y esta apuesta se basa precisamente en que el desconocimiento -que ofrece la posibilidad del fin de la dominación y la explotación- es un riesgo que merece la pena, y que asumir ese riesgo implica la destrucción de la totalidad de esta civilización de dominación y explotación, incluyendo su sistema tecnológico, que ha sido todo lo que siempre hemos conocido.

esperando que la decadencia entrañase la caída del Imperio⁵. Lo que antaño existía independientemente de la industria y del Estado (pequeños oficios, solidaridades de vecindario, etc.) no tiene hoy ya ningún derecho legal a la existencia; no porque todo eso haya sido formalmente prohibido, sino más sutilmente porque, en el momento en que la ley pretende reglamentarlo todo, el Estado encargarse de todo y las autoridades confirmar su competencia en cualquier cosa, todo aquello no entra en ningún marco jurídico. El derecho ha cambiado de naturaleza, ya no es, como en otros tiempos, un marco que define ciertos límites para la vida social, sino que ahora tiende a dictar a cada uno su manera de trabajar y de comportarse en sociedad; pretende reglamentar las relaciones entre los hombres al igual que las leyes físicas se aplican a los elementos de una máquina, y con el pretexto de proteger a las personas contra sí mismas reduce su libertad y las abandona a la arbitrariedad burocrática.

Toda actividad personal, todo trabajo realmente productivo efectuado con vistas a adquirir una cierta independencia frente a la economía mercantil (tal como permitían en otro tiempo el campesinado, el artesanado, etc., que son las bases de lo que los economistas llaman economía informal) tiende a ser impracticable; la sociedad industrial ha hecho de ello una "corvée" (trabajo obligatorio y gratuito), en el sentido de ese término en la Edad Media, a saber, un trabajo gratuito -sometido a impuestos, cotizaciones, obligaciones y controles diversos, o al contrario trabajo negro y por tanto "no protegido" que los siervos y los plebeyos debían al señor" y una tarea penosa, función subalterna del proceso de producción industrial. Cuántos carpinteros no hacen más que Ikea a medida, por ejemplo, mientras que la producción de muebles llamados "tradicionales" está ampliamente automatizada.

Para mantener la indispensable cohesión de un "tejido social" cada vez más evanescente, el mismo Estado de Derecho se ve obligado a imponer autoritariamente la "solidaridad" y la "responsabilidad" (por

⁵ Véase de Arthur Koestler, Espartaco (1945), sobre todo el discurso de Marco Craso en la cuarta parte, cap. 4.

ejemplo entre padres e hijos) que él mismo ha hecho por otra parte tan difícil, mientras que la industria del entretenimiento y la cultura reconstituyen una sociabilidad, una autenticidad y una naturaleza de síntesis (de Disneylandia a Center Parcs). Porque de hecho, esta sociedad tan democrática, tan liberal y tan abierta no tolera nada que le sea exterior, y menos un modo de vida que se le escape, aunque sea un poco, de sus estadísticas, sus reglamentaciones y sus sistemas de seguros; nada sobre lo que, por este raket a la protección, que es el sostén de todas las mafias, los especuladores y los burócratas, no pueda tener, en definitiva, la última palabra.

"En la actualidad, la escolarización prolongada, el reciclaje y la asistencia social son los métodos empleados con profusión para mantener a una parte cada vez mayor de la población fuera de la producción por cuanto que son fuerzas productivas innecesarias que hay que desmovilizar, métodos que corren a cargo del Estado y que son presentados como logros sociales, expresión del bienestar. Por estos procedimientos, jóvenes, parados y excluidos en general, son apartados de los circuitos de la productividad pero conservados como consumidores"

Miguel Amorós

La ideología del progreso material hace creer que las máquinas y las tecnologías de último grito son siempre más eficaces que las precedentes. Pero nadie hace el esfuerzo de verificar lo que no es más que una declaración de principios. Se prefiere más bien emplearse en suprimir todo punto de comparación que permitiese captar cuál es el género de eficacia del que son capaces las tecnologías, la manera muy particular que tienen de "racionalizar" las actividades humanas⁶. Mientras que la producción se automatiza, las máquinas-útiles más sencillas para poner en marcha y cuyo uso implica un verdadero saber-hacer tienden a desaparecer en beneficio de un aparato más complejo, relleno de electrónica difícilmente reparable, pero que se combina de maravilla con los materiales tecnológicos y que sobre todo no necesita ninguna competencia particularmente profunda. La

⁶ Un ejemplo particularmente clarificador por Jean-Marc Mandosio, *El Hundimiento de la Muy Grande Biblioteca Nacional de Francia*, ed. Encyclopédie des Nuisances (1999).

desde la idea de que la historia es una expresión de cualquier valor o concepción metafísica global. Así, cualquier producto de la historia tiene que ser visto como un producto de su contexto, en términos de las relaciones sociales concretas en las cuales se desarrolla. Desde esta perspectiva, no puede existir la tecnología como algo "neutral".

La tecnología siempre se desarrolla dentro de un contexto social, con el objetivo explícito de reproducir ese contexto. Su forma, su propósito y sus posibilidades están determinadas por este contexto, y esto es precisamente lo que provoca que la tecnología no sea neutra. Si entendemos la tecnología como un sistema de técnicas a gran escala (tales como industrialismo, cibernética, etc) entonces no conocemos sistema tecnológico que no haya sido desarrollado dentro de un contexto de dominación, clase dominante y explotación. Si Marx, en su miope visión Hegeliana, pudo de algún modo ver comunismo en el sistema industrial, es únicamente porque su visión de comunismo era la negación de la libertad individual, la absorción del individuo en "species being" (ser vivo) que se manifestó en el proceso obligatorio de producción colectiva de la fábrica. De hecho, el sistema industrial se desarrolló con un propósito; maximizar la cantidad de beneficio que puede ser obtenido de cada momento de trabajo, aumentando el nivel de control sobre todos y cada uno de los movimientos de los/as trabajadores/as en su centro productivo. Cada nuevo desarrollo tecnológico dentro del sistema industrial capitalista, simplemente aumenta el nivel de control sobre los procesos, hasta el punto de que actualmente todos están prácticamente automatizados, y la nanotecnología y la biotecnología están creando las bases para introducir ese control directamente en nuestros cuerpos, control a un nivel molecular.

Exactamente como las ideologías de cualquier época son la expresión del sistema dominante de ese periodo de tiempo, así la tecnología de cada época también refleja el sistema dominante. La concepción de que las tecnologías son neutrales, y de que podemos reapropiarnos del sistema tecnológico y utilizarlo para nuestros fines, es una concepción mística que le concede una inocencia no histórica a la tecnología. Como la ideología, aquellos sistemas de transformación de

Sobre las bases místicas de la “Neutralidad” de la Tecnología.

Willful Disobedience

Hay una suposición popular entre los/as izquierdistas y otros/as radicales, quienes todavía sienten algún apego por el concepto de progreso o incluso por las construcciones teóricas marxistas, de que la tecnología como tal es neutra. Esta suposición es particularmente divertida porque aquellos/as que la mantienen acusan a los/as críticos/as de la tecnología de tener una concepción mística y no histórica de ésta. Lo que estos/as apologistas de la tecnología reclaman, es que las críticas promueven el “determinismo tecnológico”, haciendo de la tecnología el factor determinante central en el desarrollo social, y de esa manera perdiendo la visión sobre el factor social. Terminan proclamando que los problemas no proceden del sistema tecnológico como tal, sino de quienes lo manejen y de como sea utilizado.

Indudablemente, también están aquellos/as que han atribuido poderes determinantes inherentes a la tecnología. Uno de los mayores defensores de este punto de vista fue Marx, cuyo economismo fue decididamente un economismo tecnológico. Desde su perspectiva, la necesidad económica creó el desarrollo tecnológico (tal como el antiguo sistema fabril) que posteriormente creó las bases para la sustitución del sistema económico dominante. De tal manera, el economismo de Marx incorpora también un tipo de determinismo tecnológico.

El error de Marx yace precisamente en su determinismo (una consecuencia inevitable del hecho de que su crítica a Hegel se limitó a dar vueltas sobre “potenciar lo acertado” de la idea de Hegel -determinismo histórico- más que en rechazar sus construcciones básicas). Una aproximación verdaderamente histórica, y opuesta a la mística de la lucha social y de todos los factores involucrados en ella, tiene que rechazar cualquier forma de determinismo, y partir de la idea de historia como una actividad humana, en lugar de hacerlo

eficacia del utillaje tecnológico reside esencialmente, lo vemos todos los días, en la independencia de su funcionamiento con respecto al personal que emplea sobre todo para funciones subalternas de conservación y de mantenimiento del aparato productivo, de gestión de los flujos de capital circulante y de promoción de sus productos. La mano de obra es intercambiable, y sus competencias efímeras o inexistentes no pueden perturbar la adaptación del aparato de producción a las presiones y fluctuaciones del mercado, es decir, no a la demanda social misma, sino, a través de la publicidad y la moda, a la especulación sobre ésta, una especulación todavía más cómoda debido a la desposesión y a la precariedad de los salarios que engendran por todos sitios el uso intensivo de las tecnologías.

El trabajo de fábrica o de oficina, donde el individuo no es más que una función, un engranaje en la máquina que es la empresa, se ha convertido en el modelo de las relaciones sociales, es decir aquello a través de lo cual los individuos y las instituciones perciben ahora toda la actividad social: a la vez a través de categorías sociales (ciudadano, consumidor, asalariado, contribuyente, usuario, etc.) empleados por la burocracia para dividir los problemas y así poder gestionarlos mejor, y a través de la voluntad de identificarse con una de esas formas de representación social difundida por el espectáculo. Por ejemplo, cuando los asalariados reivindican un “reconocimiento” más amplio de su trabajo, piden de ese modo que se les maltrate menos y también una “revalorización de la imagen” que les devuelven de sí mismos sus superiores jerárquicos y otras autoridades. Es también respeto lo que reclaman a veces los habitantes de los barrios periféricos después de algunos reportajes televisivos que mienten sobre ellos. Las relaciones sociales y la actividad de los individuos no son, en efecto, percibidas y analizadas más que en términos difusos y puestos de moda por la representación social, porque no hay ya ninguna comunidad a escala humana en la que sus actividades puedan tomar un sentido para las personas. Así, el individuo atomizado, que efectúa un trabajo fragmentario con ayuda de competencias efímeras, no tiene más salida que buscar un sentido a su existencia en la sociedad en su conjunto, pero esa abstracción no deja

más que la posibilidad de identificarse con las representaciones dominantes, de convertirse uno mismo en una imagen en el espectáculo social.

El rizo queda rizado y, de una manera general, la racionalización que se opera mediante la automatización tiende a suprimir todo trabajo vivo en beneficio de la manipulación de signos que supuestamente representan la realidad. Las consecuencias desastrosas de tal desrealización de la actividad humana se muestran en todo su monstruoso absurdo en las actividades en contacto directo con la naturaleza, en la agricultura y la cría de ganado industrial (ver las Observaciones AGM, op.cit.).

Pero las personas realistas nos dirán que de todas formas "el hombre ordena, la máquina ejecuta"; es eso, en efecto, lo que nuestros sentidos nos llevan inmediatamente a percibir, y nos contentamos con alzar los hombros ante quien pretende que la realidad es bien distinta, que la máquina es la que dicta al hombre su empleo. Los profesores que enseñan el uso de máquinas de cerebro electrónico o informático, por ejemplo, repiten a porfía que "Es necesario no dejarse dirigir por la máquina" queriendo decir así que es preciso verificar las órdenes que se le dan a las máquinas y no dejarse llevar por la confianza a priori en las regulaciones efectuadas anteriormente. De qué manera un automovilista puede a la vez ser amo de la dirección de su vehículo y estar sometido a su uso social: he aquí una experiencia ampliamente compartida, pero de la cual la costumbre de la razón abstracta impide sacar la menor enseñanza. Cómo una máquina automática, por el cerco que representa, el volumen de producción que implica, el bajo precio al que sujeta a los otros productores y por el cual sujeta a sus detentadores, hace que aquellos que la ponen en marcha no tengan otra posibilidad que utilizarla según las necesidades técnico-económicas que no sólo impone, sino que supone también por su propia existencia: he aquí algo que ninguna evaluación técnica, ningún cálculo económico, ninguna experimentación científica puede aprehender. Vemos así cómo la razón abstracta de las ciencias se protege de toda evaluación objetiva, no sólo de sus resultados que son

justifica como el único posible, tanto que no haya nadie que pueda mandarlo al basurero de la historia. Ahí estamos. El sistema tecnocrático produce ruinas, lo que favorece la difusión de la crítica y posibilita la acción contra él. La cuestión principal son los principios más que los métodos. Cualquier proceder es bueno si es necesario y sirve para popularizar las ideas, sin que ello sea óbice para ninguna capitulación: se participa en las luchas para hacerlas mejores, no para degenerar con ellas. En ausencia de un movimiento social organizado, las ideas son lo primero, el combate por las ideas es lo importante, pues ninguna perspectiva puede nacer de una organización donde reine la confusión respecto a lo que se quiere. Pero la lucha por las ideas no es una lucha por la ideología, por una satisfecha buena conciencia. Hay que abandonar el lastre de las consignas revolucionarias que han envejecido y se han vuelto frases hechas: resulta incongruente cuando no existe proletariado hablar del poder absoluto de los Consejos Obreros, o de la autogestión generalizada cuando sería cuestión de desmantelar la producción. El final del trabajo asalariado no puede significar la abolición del trabajo, puesto que la tecnología que suprime y automatiza el trabajo necesario sólo es posible en el reino de la Economía. Las teorías de Fourier sobre la "atracción apasionada" serían más realistas. Tampoco una acción voluntarista sirve de mucho, si las masas que consiga agrupar no sepan qué hacer una vez hayan decidido hacerse cargo, sin intermediarios, de sus propios asuntos. En esa situación, incluso los éxitos parciales, al abrir perspectivas que no podrán afrontarse con coherencia y determinación, acabarán con el movimiento mejor aún que las derrotas. La tarea más elemental consistiría en reunir alrededor de la convicción de que el sistema debe ser destruido y edificado de nuevo sobre otras bases al mayor número de gente posible, y discutir el tipo de acción que más conviene a la práctica de las ideas derivadas de dicha convicción. Dicha práctica ha de aspirar a la toma de conciencia por lo menos de una parte notable de la población, porque mientras no exista una conciencia revolucionaria suficientemente extendida no podrá reconstituirse la clase explotada y ninguna acción de envergadura histórica, ningún retorno de la lucha de clases, será posible.

paleolítica; habrá de conformarse con la cantidad de técnica que se pueda permitir sin desequilibrarse. Debe eliminar toda la técnica que sea fuente de poder, la que destruya las ciudades, la que aisle al individuo, la que despueble los campos, la que impida la aparición de comunidades, etc., en fin, la que amenace el modo de vida libre. Todas las civilizaciones anteriores fundadas en la agricultura, la artesanía y el comercio, han sabido controlar y contener las innovaciones técnicas. La sociedad capitalista ha sido una excepción histórica, una extravagancia, un desvío.

Si quienes se hallan comprometidos en la lucha contra la técnica miran a su alrededor, constatarán que los estragos tecnológicos despiertan todavía una débil oposición, parasitada por el ecologismo político o directamente recuperada por gente al servicio del Estado. Por otra parte, ningún movimiento de una cierta amplitud, partiendo de conflictos precisos, ha tratado de organizarse claramente contra el mundo de la técnica. Apenas se redescubren las grandes aportaciones de la sociología crítica americana, o las de la escuela de Frankfurt, o la obra de Ellul, no obstante tener muchos años de existencia. La tarea de actualizar esa crítica y ponerla en relación con la de transformar radicalmente las bases sobre las que se asienta la sociedad moderna es algo que todavía no comprenden más que pocos. Los más, tratan de combatir al sistema desde terrenos con cada vez menos peso: el de las reivindicaciones obreras, el de los derechos de las minorías, el de los centros juveniles, el de la exclusión social, el del sindicalismo agrario, etc. Sin menospreciar el compromiso social de nadie, estas luchas tienen un horizonte limitado, no sea más que porque evitan la cuestión clave, cuando no comparten con el sistema su tecnofilia. De todas formas, merecen apoyo aquellas que reconstruyen la sociabilidad entre sus participantes e impiden la creación de jerarquías. La acción de quienes se oponen al mundo de la técnica todavía no ha llevado a grandes cosas, ya que tal oposición es sólo una causa y no un movimiento. Pero al menos ha servido para incrementar la insatisfacción que la técnica viene sembrando y para apuntar en la buena dirección. La apología de la técnica pone en mala posición a sus partidarios cuando deviene demasiado visiblemente apología del horror. El sistema admite no ser ningún paraíso y se

siempre objeto de rigurosos cálculos, sino de sus consecuencias prácticas, concretas y reales, que cada uno puede verificar todos los días con sus propios ojos sin ayuda de ningún experto, instrumento de medida sofisticado o conocimiento especializado, sino solamente con un poco de curiosidad y de espíritu crítico. Géneros que no pueden, ciertamente, ser producidos industrialmente⁷.

El punto de vista desde el que formulamos nuestro juicio crítico sobre la tecnología es pues muy simple: el de la razón concreta que no considera de manera aislada los hechos y los fenómenos, y que tampoco se fija simplemente en las consecuencias aparentes e inmediatas de los actos, sino también en el contexto social e histórico en el que han aparecido y que les da su sentido, es decir, al mismo tiempo la significación que pueden tener para los hombres y la dirección hacia la que pueden desviar los acontecimientos ulteriores. Es decir que, contrariamente al método científico, cuya objetividad aplicada a las ciencias humanas es idéntica al punto de vista "del más frío de los monstruos fríos" de la autoridad y la dominación, del Estado y la Economía, "nada de lo humano nos es ajeno". En este número y los siguientes con el mismo título, vamos pues a evocar las condiciones históricas y sociales que han concurrido en la génesis de las tecnologías y al nacimiento de la sociedad industrial a la que hoy vemos unificarse en un sistema totalitario tecnológico.

⁷ Sobre la "decadencia continua de la inteligencia crítica y del sentido de la lengua al que han conducido las reformas de la educación desde hace treinta años", véase Jean-Claude Michéa, *La enseñanza de la ignorancia y sus condiciones modernas*, ed. Climat (1999).

más, los primeros periódicos obreros cito a *L'Artisan*, de 1830 elogiarán las máquinas con el argumento de que alivian el trabajo y que el remedio no está en suprimirlas sino en explotarlas ellos mismos. Contrariamente a lo que afirmaban Marx y Engels, el movimiento obrero se condenó a la inmadurez política y social cuando renunció al *socialismo utópico* y escogió la ciencia, el progreso (la ciencia burguesa, el progreso burgués), en lugar de la comunidad y el desarrollo individual. Desde entonces la idea de que la emancipación social no es "progresista" ha circulado por la sociología y la literatura más que por el movimiento obrero, con la excepción de algunos anarquistas y seguidores de Morris o Thoreau. Así por ejemplo, tendríamos que abrir la novela *Metrópolis*, de Thea Von Harbou, para leer arengas como ésta: "*De la mañana a la noche, a mediodía, por la tarde, la máquina rugie pidiendo alimento, alimento, alimento. ¡Vosotros sois el alimento! ¡Sois el alimento vivo! ¡La máquina os devora y luego, exhaustos, os arroja! ¿Por qué engordáis a las máquinas con vuestros cuerpos? ¿Por qué aceptáis sus articulaciones con vuestro cerebro? ¿Por qué no dejáis que las máquinas mueran de hambre, idiotas? ¿Por qué no las dejáis perecer, estúpidos? ¿Por qué las alimentáis? Cuanto más lo hagáis, más hambre tendrán de vuestra carne, de vuestros huesos, de vuestro cerebro. Vosotros sois diez mil. ¡Vosotros sois cien mil! ¿Por qué no os lanzáis, cien mil puños asesinos, contra las máquinas?*". Evidentemente, la destrucción de las máquinas es una simplificación, una metáfora de la destrucción del mundo de la técnica, del orden técnico del mundo, y esa es la inmensa tarea histórica de la única revolución verdadera. Es una vuelta al principio, al saber hacer de los comienzos que la técnica había proscrito.

No se trata de un retorno a la Naturaleza, aunque las relaciones de los hombres con la Naturaleza habrán de modificarse radicalmente y basarse menos en la explotación que en la reciprocidad, pues al destruir la Naturaleza se destruye inevitablemente *naturaleza humana*. Ya no es cuestión de dominarla sino de estar en armonía con ella. La existencia de los seres humanos no habrá de concebirse como pura actividad de apropiación de las fuerzas naturales, movimiento, trabajo. Una sociedad no capitalista, es decir, librada de la técnica, no será una sociedad industrial pero tampoco una especie de sociedad

gran intensidad y violencia pero que no tocan lo esencial la técnica y la organización social basada en ella y por consiguiente, no amenazan al sistema. No podemos interpretar las luchas de los funcionarios, de los excluidos, de los empleados, de los pequeños agricultores, de los cuadros, etc., en términos de lucha de clases. Son respuestas al capital que en su proceso de revalorización daña intereses sectoriales propios de determinados grupos sociales que no encarnan ni pueden encarnar el interés general, por lo que no ponen en peligro al sistema de dominación. El momento clave de la lucha es siempre *la negociación*, y esa la efectúan especialistas. Ningún grupo oprimido específico puede *por su situación objetiva* llegar a ser embrión de una clase social, un sujeto histórico cuyas luchas lleven consigo las esperanzas emancipatorias de la mayoría de la población. Todas las luchas ocurren ya en la periferia del sistema. El sistema no necesita a nadie, no depende de ningún grupo en concreto. Si éste se segregara, el sistema funcionaría igual sin él. Su lucha, por tanto, sólo será marginal y testimonial. Carece de las perspectivas revolucionarias de la vieja y desaparecida lucha de clases. Los grupos sociales oprimidos ya no se enfrentan a la dominación como clase contra clase. Por otra parte, ningún grupo aspira a la liquidación del sistema, porque ningún grupo, a pesar de la acumulación de efectos nocivos, ha contestado la supremacía de la técnica, que proporciona cohesión y solidez a la dominación. El consenso respecto a la técnica todo el mundo cree que no se puede vivir sin ella justifica el dominio de la oligarquía tecnocrática y diluye las necesidades de emancipación de la sociedad.

Toda revuelta contra la dominación no representará el interés general si no se convierte en una rebelión contra la técnica, *una rebelión luddita*. La diferencia entre los obreros ludditas y los modernos esclavos de la técnica reside en que aquellos tenían un modo de vida que salvar, amenazado por las fábricas, y constituían una comunidad, que sabía defenderse y protegerse. Por eso fue tan difícil acabar con ellos. La represión dio lugar al nacimiento de la policía inglesa moderna y al desarrollo del sistema fabril y del sindicalismo británico, tolerado y alentado a causa del luddismo. La andadura del proletariado comienza con una importante renuncia, es

Tecnología y disolución de Clases

Miguel Amorós

A estas alturas, con las pruebas de la historia en mano, resulta obvio decir que el desarrollo científico y técnico no es un hecho neutro ni espontáneo, sino social y político, y que la tecnología es una manera de organizar de la sociedad determinada por las relaciones de poder y autoridad presentes. No se puede negar el papel principal jugado por los sistemas técnicos en la marcha y desarrollo de las clases, tanto las dominantes como las dominadas.

La clase es un sector social *en sí y para sí*, es decir, con una experiencia común determinada por las relaciones de producción (por su situación en el proceso productivo), de donde surgen unos intereses comunes y unos objetivos comunes. La conciencia de clase es la forma cultural de esa experiencia y esos intereses, manifestándose en tradiciones, sistema de valores, ideas, publicaciones, organizaciones, instituciones, etc.; es lo que proporciona cohesión a la clase y plasma en los miembros un sentimiento de identidad y de pertenencia.

Ni el proceso de aparición ni el desarrollo de las clases es el mismo en todos los lugares y en cualquier periodo de tiempo, dada la disparidad de condiciones históricas, por lo que el ascenso o la decadencia de la clase tiene su propia historia en cada país. Por ejemplo, cuando termina en Inglaterra la Primera Revolución Industrial, apenas ha empezado en Francia y Alemania, y no pasa de fenómeno local en España.

El movimiento obrero nace en todas partes como reacción contra la Revolución Industrial: contra el sistema fabril, por introducir la división del trabajo, y contra las máquinas, por degradar los oficios, imponer una disciplina de taller insoportable y rebajar los salarios. Las innovaciones técnicas actuaron contra los artesanos y trabajadores a domicilio, sustituyéndolos progresivamente por una mano de obra

no especializada, abundante y móvil; en suma, por un tipo de obrero sin oficio, malpagado, conformista e ignorante. Y lo peor de todo es que todavía podían ser a su vez relegados por mujeres y niños, gracias a la simplificación impuesta por la máquina. Los obreros de las fábricas tenían enormes dificultades para asociarse y eran reacios a la política; los movimientos de resistencia al capital ocurridos durante el siglo XIX fueron dirigidos siempre por artesanos, propensos al anticapitalismo y al radicalismo político. Los obreros artesanos eran cultos, radicales, asociativos y opuestos a la introducción de maquinaria, ya que ésta destruía su oficio y les arrojaba a la calle. Las máquinas a fuer de eliminar puestos de trabajo, volvían inútil el saber profesional; por eso las odiaban. Las primeras revueltas obreras --por ejemplo, el movimiento luddita-- tuvieron lugar contra las máquinas; en muchas ocasiones fueron destruidas, y durante mucho tiempo, saboteadas. A partir de 1830 empezó a desarrollarse el sindicalismo en Europa. Ese año aparece la palabra "Trade Union" que significa "asociación de obreros de un mismo oficio". Poco más tarde surge (1841) en Inglaterra el movimiento "cartista", la primera manifestación de una clase obrera unida, incluyendo a todas las categorías, especialmente a los obreros de las fábricas. La clase obrera aparecía por primera vez como el elemento activo de la sociedad.

El sindicalismo, el owenismo y el cartismo cambiaron la actitud de los obreros ingleses para con las máquinas. El razonamiento general fue el siguiente: si la clase obrera producía toda la riqueza social, había de apropiarse entonces del producto de su trabajo. Las máquinas --y en general, el progreso técnico-- eran aliadas de los trabajadores. Las máquinas podrían permitir la disminución de la jornada laboral y facilitar la emancipación del trabajo asalariado. La Asociación Internacional de Trabajadores, que fue el momento más alto de la conciencia de clase, reconcilió definitivamente a los obreros con las máquinas. La Revolución proletaria tendría que basarse en la apropiación de los medios de producción por parte de los trabajadores.

La derrota de La Comuna de París (1871) fue seguida de una represión generalizada que impidió durante años el asociacionismo

es mejor videovigilancia, unidades especiales de intervención rápida y servicios de protección privados. El individuo no existe, la clase obrera no existe, el Estado puede reducirse a una pantalla, es decir, puede virtualizarse. En ese momento histórico estamos.

La mecanización del mundo es la tendencia dominante de un proceso acabado en líneas generales. Pero todavía se dan contradicciones entre sectores más avanzados y menos avanzados, entre tradiciones burguesas y estatistas e impulsos desmesurados hacia la tecnificación, entre clases en proceso de disolución que ya no son sino grupos particulares con intereses privados y la nueva clase emergente, unificada y estable, extremadamente jerarquizada, en la que la posición de poder depende del elemento técnico. La técnica es un factor estratégico decisivo que se guarda como si fuera un secreto: es el secreto de la dominación. Pero eso no significa que los técnicos, por el mero hecho de serlo, gocen de una situación privilegiada. Evidentemente la oferta de empleos a profesionales y técnicos es la única que ha crecido, aunque en modo alguno ha aparecido una clase nueva de "mánagers", de directivos, dispuesta a hacerse con el poder. Lo único que ha variado es la composición de los asalariados. Los expertos no mandan, solamente sirven. Los *cuadros*, la intelligentsia técnica, es sólo el espejismo de una clase provocado por los cambios ocurridos en los primeros momentos de la aparición de la alta tecnología, de la tecnociencia, cuando realmente esos asalariados desempeñaron un papel: el de facilitar su institucionalización. Con la especialización y la fragmentación crecientes del conocimiento y con el desarrollo del sistema educativo en la dirección más favorable a la tendencia dominante y su extensión a toda la población, todo el mundo está preparado para obedecer a las máquinas. Técnicos lo somos todos. La formación técnica no es ninguna bicoca: es la característica más común de todos los mortales. Es la marca de su desposesión.

La transformación del proletariado en una gran masa de asalariados sin ningún lazo ni solidaridad *de clase* no ha eliminado las luchas sociales, pero sí la lucha de clases. Cuando resultan perjudicados intereses surgen conflictos que pueden llegar a ser de

fijen sus conductas y los regimenten. Lo que domina entre los individuos no es el carácter autoritario y su complemento, el carácter sumiso sino la personalidad desestructurada y narcisista. El fin del Estado era antes que nada, el fin del carácter "social" del Estado. Ahora ha de limitarse a ser una organización y cuanto más compleja, más técnica, y cuanto más técnica, con menos personal de servicios públicos baratos, una red de oficinas *eficazmente* conectadas, policiales, administrativas, jurídicas o asistenciales. Las condiciones sociales que impone la técnica autonomizada no son en absoluto favorables a una centralización política, no promueven ni el estatismo ni el desarrollo de una burocracia disciplinada, más conformes con un *Welfare state*, o con un modo de producción colectivista autoritario, o con un Estado totalitario, correspondientes a una fase social precedente de la técnica, que con el despotismo tecnológico contemporáneo. Todos los sectores de la burocracia estatal o paraestatal están siendo reciclados, es decir, reorganizados según estrictos criterios de rendimiento que priman sobre los intereses de grupo. Como reza un antiguo proverbio bancario, todo es cuestión de números. Conviene recordar que quienes mandan no son los propietarios de los medios de producción los empresarios, la vieja burguesía, o los administradores del Estado la burocracia sino de las élites ligadas a la alta tecnología y a la "ingeniería financiera". Esas élites son apátridas y se sirven de los Estados como se sirven de los medios de producción y de las finanzas, combatiendo todo desarrollo autónomo de los mismos y exigiendo eficacia. Tampoco hay que olvidar que todo proceso técnico productivo, financiero, político tiende a eliminar a las personas y hacerse automático. Las masas no son necesarias más que en tanto que no existan máquinas para sustituirlas. El Estado totalitario era una técnica de gobierno donde todos los movimientos de las masas eran simplificados y reducidos a acciones predecibles, como en un mecanismo. Para él el pensar era una actitud subversiva y la obediencia la mayor de las virtudes públicas. Por eso necesitaba un enorme aparato policial. Pero la misma lógica de la técnica conduce al automatismo de las conductas, *con cada vez menos necesidad de control*, y por lo tanto, sin necesidad de líderes ni de grandes burocracias. Ni de grandes aparatos policiales;

obrero de bases revolucionarias, pero en algunos países --por ejemplo, en Alemania, y antes en Inglaterra-- se realizaron progresos en la legislación social y se reconocieron los sindicatos. El capitalismo familiar cedió el lugar al capitalismo monopolista. Se formaban grandes compañías (sociedades anónimas), muchas al amparo de obras públicas como la construcción de ferrocarriles, dominadas por las finanzas; se organizaban las fuerzas patronales y se concentraban sectores de producción, creando monopolios (cárteles, trusts) protegidos por los estados. Una poderosa burguesía industrial y financiera pudo permitirse comprar la tranquilidad social pactando con los sindicatos. Las fábricas que emplean a miles de obreros fueron a partir de entonces la regla general; en ellas, el maquinismo especializaba la producción, restringía la iniciativa del obrero, minimizaba su papel en la producción y eliminaba su dignidad profesional. Continuaba la tendencia a la sustitución de obreros cualificados por no cualificados. El resultado era un trabajador resignado y ajeno a su trabajo, indiferente a la clase y a los ideales sociales que la definían. Esos obreros no dedicaban su escaso tiempo libre a la formación personal sino a la evasión, y no se movilizaban sino por objetivos materiales muy concretos. Incapaces de organizarse por sí mismos y elegir a sus representantes, su presencia en los sindicatos obligó al desarrollo de una masa funcional especializada en la representación, reclutada principalmente entre los partidos. Los sindicatos, burocratizados y corrompidos sus dirigentes por el poder, fomentaban la identificación del interés obrero con el de la empresa, estableciéndose un interés común entre la dirección y los representantes obreros, y por extensión, entre los sindicatos y la economía nacional, base del reformismo histórico. La clase obrera se jerarquizó y estratificó. En la cúspide, una aristocracia del trabajo, aburguesada, con condiciones de vida mejores y más seguras, gracias a las rentas coloniales. A ella pertenecían los obreros que conservaban el oficio o poseían una cierta cualificación, y que apoyaban la política socialdemócrata (desde 1880 los sindicatos habían sufrido constantes tentativas de sometimiento por parte de los partidos obreros). Frente a ellos, los obreros descualificados no siempre sindicados, a veces antiguos jornaleros, sin tradición de lucha, despolitizados. Si unos no

reaccionaban como obreros frente a los conflictos de clase, los otros, o bien eran insensibles o bien explotaban en algaradas efímeras y sin sentido. Bernstein, el ideólogo del reformismo, dijo entonces que la clase obrera ya no era el motor del cambio. Para un bernsteiniano Lenin, en 1905, la clase obrera sólo era capaz de elevarse a una conciencia "tradeunionista", por lo que las ideas revolucionarias tenían que venir de fuera, de un partido dirigente. Y para muchos anarquistas opuestos a la organización, la clase obrera simplemente no existía; unos tenían una concepción individualista e incluso "ilegalista" de la lucha de clases, otros volvían a la época revolucionaria de la burguesía oponiendo a una clase en disolución, una "humanidad" abstracta. Solamente el sindicalismo revolucionario parecía recoger la tradición obrera genuina de luchas y reivindicaba como armas el boicot, el sabotaje y la huelga general.

Existía un divorcio creciente entre las minorías obreras conscientes y la masa obrera, que traslucía una extinción paulatina de la conciencia de clase. No se puede explicar de otra manera el escaso o nulo efecto de la intensa campaña antimilitarista que precedió la Gran Guerra del 14, denunciando el carácter imperialista del capitalismo y la proximidad de un conflicto bélico por motivos exclusivamente económicos. La facilidad con que las masas obreras cayeron en la patriotería y el nacionalismo o el insuficiente eco que encontraron los intentos revolucionarios que le siguieron, demuestra el fracaso del proletariado internacional en todos los terrenos. Hasta anarquistas como Kropotkin tomaron partido por la guerra. La revolución rusa no fue sino un segundo fracaso, al dar lugar a una dictadura burocrática totalitaria que esclavizó aún más a los obreros soviéticos y desmoralizó y confundió todavía más al proletariado internacional. Ambos acontecimientos llegaron cargados de consecuencias: el abandono de la revolución española y el ascenso del fascismo.

A principios del siglo XX, el capitalismo experimenta un proceso de racionalización que se aceleraría en el periodo de entreguerras: es la Segunda Revolución Industrial. Por un lado, la propiedad se separaba de la gestión (los accionistas, de los gerentes o "managers"), por el otro, se introducían procedimientos de organización del trabajo

masas. En su seno la política se convertía paulatinamente en administración, se profesionalizaba, se orientaba hacia la resolución de cuestiones técnicas. Aunque el régimen político fuera una democracia formal, la política no podía ser objeto de discusión pública: en tanto que planteamiento y resolución de problemas técnicos requería por un lado un saber especializado era una tecnopolítica en manos de una burocracia profesional, y por el otro, un alejamiento una despolitización de las masas. El progreso técnico conseguirá esta despolitización. Tenía la propiedad de aislar al individuo en la sociedad, al rodearlo de artilugios domésticos y sumergirlo en la vida privada. Por otra parte, cada etapa de dicho progreso anula la precedente, desarrollando un dinamismo compulsivo en el que la novedad es aceptada simplemente por ser novedad y el pasado es relegado a la arqueología. De esta forma crea un continuo presente, en el que nunca pasa nada puesto que nada tiene importancia y donde los hombres son indiferentes. ¿Fin de la historia? En una de las mejores sátiras escritas contra la explotación del hombre gracias a la ciencia y la técnica, Karel Capek, ironiza sobre esta banalización de los hechos: en una sociedad con tantas posibilidades técnicas *"no se podían medir los acontecimientos históricos por siglos ni por décadas, como se había hecho hasta entonces en la historia del mundo, sino por trimestres (...) Podríamos decir que la historia se producía al por mayor y que, por ello, el tiempo histórico se multiplicaba rápidamente (según cálculos, cinco veces más)"* (**La Guerra de las Salamandras**).

Gracias al Estado, que fomentó la investigación a gran escala en el campo de las armas bélicas, desde donde pasó a la producción industrial de bienes, el progreso científico y técnico dio un gran salto, convirtiendo a la tecnociencia en la principal fuerza productiva. La evolución del sistema social, y por lo tanto, de la Economía y del Estado, estaba determinada a partir de entonces por el progreso técnico. Ello no solamente implicaba la decadencia del mundo del trabajo y anunciaba la obsolescencia de la clase obrera, que dejaba de ser la principal fuerza productiva, sino que significaba el fin del Estado protector. En las sociedades tecnificadas el control de los individuos se logra con estímulos exteriores mejor que con reglas que

que efectúa la técnica, aplauden la abolición del individuo social en tanto que sujeto histórico. El sistema, la organización, la técnica, ha evacuado al hombre de la vida y estos ideólogos anuncian con alegría, como una gran revelación, el advenimiento del hombre aniquilado, del ser vacío y superficial cuya existencia frívola y mecánica consideran la expresión misma de la creatividad y la libertad.

El dominio, el *poder*, en la política y en la calle, en la paz y en la guerra, pertenece al mejor equipado tecnológicamente. La burguesía ha sido substituida por una clase tecnocrática no nacida de una revolución antiburguesa sino de la creciente complejidad social forzada por la lucha de clases y la intervención estatal. En el camino hacia una nueva sociedad basada en la alta productividad proporcionada por la automatización y en la economía de servicios, la burguesía se ha metamorfoseado en una nueva clase dominante. Esta no se define por la propiedad privada o el dinero sino por la competencia y la capacidad de gestión; la propiedad y el dinero son necesarios pero no son determinantes. La fuerza de la clase dominante no proviene exclusivamente de la economía, ni de la política, ni siquiera de la técnica, sino de la *fusión* de las tres en un complejo tecnológico de poder que Munford denominó "megamáquina". Si la técnica, al convertirse en la única fuerza productiva, facilitó el triunfo de la economía, ahora la economía, al crear el mercado mundial, le ha allanado el camino a la técnica, y ésta impone la dinámica expansiva de la producción en masa al mundo entero. A su modo ha ridiculizado la figura del Estado, difuminando su historia y su papel después de que la economía lo convirtiese en el mayor patrón y la técnica lo transformase en una *maquinaria* de gobierno y de control de masas. Desde finales del XIX la estabilidad del sistema capitalista se consiguió gracias a la intervención del Estado, que desplegó una política económica y social correctora. El Estado dejó de ser una superestructura autónoma para fusionarse con la economía y presentarse como un escenario neutral donde podía resolverse el enfrentamiento entre clases. El Estado pasaba a ser el garante de las mejoras sociales, de la seguridad y de las oportunidades. El Estado "del bienestar" fue una invención que aseguraba a la vez la revalorización del capital y la aquiescencia de las

(el taylorismo y el fordismo). Taylor suprimía en el peón la posibilidad de realizar libremente su trabajo. Se produjo un cambio cualitativo en las empresas. El capitalismo gerencial, desarrollado primero en los Estados Unidos, se agigantó, y consecuentemente, se burocratizó. El trabajo intelectual que efectuaban los obreros se desplazó de los talleres a los despachos. Producto de esta nueva división del trabajo fueron los oficinistas y empleados, los "cuellos blancos". El conocimiento y la experiencia tradicionales fueron expropiados por la dirección, que determinaba no sólo el trabajo, sino su duración y la manera de hacerlo. Los empleados, proclives al diálogo con los directivos y a las mejoras graduales pactadas, favorecieron el reformismo, que los partidos comunistas fomentaban en competencia con la socialdemocracia, por coincidir con los intereses del totalitarismo estalinista. Además, la complejidad de los servicios públicos hacían que el Estado se transformase en patrón, lo cual modificaba aún más la estructura tradicional del sindicalismo: en 1936 el número de ferroviarios, empleados del Estado y funcionarios superaba el 50% de los efectivos sindicales en Francia. Este tipo de asalariados no apreciaba la acción directa ni pensaba en revoluciones emancipadoras y mejor se inclinaba a mantener la estabilidad en el trabajo y a gozar de un "estatuto" como el de la "función pública". Finalmente, a la oposición entre patronos y obreros, entre compradores y vendedores de la fuerza de trabajo, se le venía a añadir otra: la oposición entre quienes dirigían la máquina y quienes estaban a su servicio. Hasta entonces los obreros de oficio, capaces de manejar todo tipo de maquinaria, constituían el factor esencial de la producción en las empresas; en lo sucesivo, las nuevas máquinas serían puestas a punto por un técnico y vigiladas por un peón, cuyo trabajo devenía monótono y rutinario. La fábrica se dividía en dos campos: quienes ejecutaban un trabajo sin participar en él y quienes dirigían el trabajo sin ejecutar nada. La composición orgánica de la clase obrera había cambiado; los "nuevos artesanos", que es como Ford llamaba a los ingenieros y cuadros, estaban altamente cualificados, y formaban una capa intermedia entre la dirección y los trabajadores; una subclase con intereses diferentes. La escala de categorías se reducía; en los talleres sólo había técnicos y peones, cuyo

trabajo predisponía al embrutecimiento y al servilismo. La Segunda Revolución Industrial puso al servicio de la oligarquía económica los logros de la ciencia y la técnica, e hizo imposible una cultura obrera; los efectos para la unidad de la clase fueron catastróficos y la conciencia de clase se eclipsó. La idea de que el proletariado debía poseer los medios de producción desembocaba en la idea de la necesidad del Estado como agente de esa expropiación. Nadie concebía ya el socialismo como una asociación voluntaria y democrática de productores libres, tal como dijo la Internacional, sino como un régimen donde una tecnocracia o una burocracia política han reemplazado a la burguesía; una especie de capitalismo de Estado.

La clase obrera pasó entonces a ser un instrumento pasivo de la producción; las modificaciones técnicas y burocráticas le quitaron su fuerza principal y la volvieron inapta para la toma de sus asuntos directamente. Era incapaz de actuar autónomamente. A la racionalización, al crecimiento del aparato estatal y al sindicalismo capitulador, se le vino a añadir la presión del paro. La crisis de la época (1918-1940) afectó más al proletariado que a la clase dominante, de suerte que apareció, no como la crisis del Estado, sino como la crisis de la sociedad civil. La atomización social y el individualismo extremado crearon una personalidad descentrada: la del hombre masa. Su principal característica no era la brutalidad o el atraso mental, sino el aislamiento y la falta de relaciones sociales normales, pues *"toda su vida como él la conoce esta hecha de distancias"* (Canetti). El hundimiento del sistema de clases dio lugar a la aparición de masas extrañas al sistema representativo de partidos y sindicatos. Ambos pasaron a defender intereses propios, corporativos, y se cortaron de los jóvenes y de la gente no organizada. Todas las instituciones se desprestigiaron. La clase obrera y las demás clases en descomposición degeneraron en una masa amorfa, segmentada e insolidaria, pero no pasiva. El caso es que constituyó la mayoría de la población. La transformación de las clases en masas y la eliminación de cualquier solidaridad de grupo son las condiciones del totalitarismo. Los movimientos totalitarios organizan masas, no clases. Dependen de la

artística, la proliferación de sectas y la aparición de masas hostiles al gusto y a la cultura, son fenómenos que representan la sensación vivida del proceso de aniquilación de la individualidad, *de supresión de lo humano*, en el que la acción, inconsciente y absurda, es puro movimiento. Esta fatalidad histórica se intuye desde el principio de la era tecnológica, y nos la cuenta Meyrink en su relato **Los Cuatro Hermanos de la Luna**: *"Por lo tanto las máquinas han llegado a ser los cuerpos visibles de titanes producidos por las mentes de héroes empobrecidos. Y como concebir o crear algo quiere decir que el alma recibe la forma de lo que se ve o se crea y se confunde con ella; así los hombres están ya encaminados sin salvación en el sendero que, gradual y mágicamente, los llevará a transformarse en máquinas, hasta que un día, despojados de todo, se encoiltrarán siendo mecanismos de relojería chirriantes, en perpetua agitación febril, como lo que siempre han tratado de inventar: un infeliz movimiento perpetuo"*. La técnica se opone a los individuos como algo exterior, que poco a poco va desposeyéndoles del control de sus vidas y determinando sus acciones. En un mundo técnico, la máquina es más real que el individuo, que no es más que una prótesis suya. La fe en la técnica, que aun podíamos considerar burguesa, se ve acompañada entonces de un nihilismo cada vez más conformista y apologético, sobretudo en la fase postburguesa de la era tecnológica, fruto del desencantamiento del mundo y de la destrucción del individuo. El pensamiento tecnocrático se complementa con una ideología de la nada, un verdadero *mal francés* que proclama la supremacía del modelo y la fascinación del objeto, que habla de la independencia del pensamiento respecto a la acción, del derrumbe de la historia y del sujeto, de las máquinas deseantes y del grado cero de la escritura, de la deconstrucción del lenguaje y de la realidad, etc. Desde el existencialismo y el estructuralismo hasta el postmodernismo, los pensadores de la nada constatan una serie de demoliciones de todo lo humano y se congratulan por ello; no pretenden contradecir la religión de la técnica, sino desbrozarle el camino. No son originales, ni siquiera son pensadores: plagian las aportaciones críticas de la sociología moderna o del psicoanálisis y fabrican un verborrea ininteligible con préstamos crípticos como no del lenguaje científico. En la objetivación completa de la acción social

llegado a ser dominante en la época de los totalitarismos, en la época de la disolución de los individuos y las clases en masas. Desde entonces redefine en función de sí misma los viejos conceptos de "naturaleza", "libertad", "memoria", "cultura", "hechos", etc., en fin, inventa de nuevo la manera de pensar y de hablar. La técnica cuantifica la realidad y, bautizándola con su lenguaje con tecnicismos, impone una visión instrumental de las cosas y de las personas. Neil Postman recuerda en *Tecnópolis* el adagio de que "a un hombre con un martillo todo le parece un clavo". El mundo habla el idioma de los "expertos". Un divulgador de las maravillas de la ciencia moderna como Julio Verne describe en una de sus primeras novelas de anticipación a ese producto natural de la era tecnológica un tanto someramente, pero no olvidemos que lo hace en 1876: "Este hombre, educado en la mecánica, explicaba la vida por los engranajes o las transmisiones; se movía regularmente con la menor fricción posible, como un pitón en un cilindro perfectamente calibrado; Transmitía su movimiento uniforme a su mujer, a su hijo, a sus empleados, a sus criados, verdaderas máquinas-instrumentos, de las que él, el gran motor, sacaba el mejor provecho del mundo (**París en el siglo XX**). Por vez primera en la historia, la técnica representa al espíritu de la época, es decir, corresponde al vacío espiritual de la época. Las relaciones entre las personas pueden considerarse como relaciones entre máquinas. Toda una gama de las ciencias ha nacido con esos planteamientos: cibernética, teoría general de sistemas, etc. Los problemas reales entonces se convierten en cuestiones técnicas susceptibles de soluciones técnicas, que serán aportadas por expertos aquí decimos "profesionales" y adoptadas por dirigentes, "técnicos" en tomar decisiones. La dominación desde luego no desaparece; gracias a la técnica ha adoptado las apariencias de una racionalización y se ha vuelto también técnica.

La técnica ha vaciado a la época de contenido: todo lo que no es directamente cuantificable, y por lo tanto medible, y por lo tanto manipulable, automatizable, no existe para la técnica. El poder de la técnica no sólo ha comportado la atomización y amputación de los individuos, sino la muerte del arte y de la cultura en general; la nada espiritual es el mal del siglo. La filosofía existencial, la vanguardia

fuerza del número. Las masas no están unidas alrededor de intereses comunes, ni pueden organizarse en base a ello; sufren un desclasamiento que las vuelve neutras, indiferentes y apolíticas, aunque desearan entrar en escena. Puestas en movimiento mediante mecanismos emocionales, viven como los humillados obreros de la cadena de montaje, dentro de un continuo presente. Las masas se desarrollaron pues a partir de fragmentos de una sociedad pulverizada en donde la soledad y la competitividad feroz no tenían ya la barrera de los intereses de clase. El hombre masa aparecía al final de la "racionalización" del proceso productivo, como resultado necesario de la degradación tecnocientífica de la condición obrera. En su desarraigo y angustia fue lógico que se inclinara hacia el nacionalismo violento, xenófobo, antisemita y autoritario, que anunciaba el terror nazi y estalinista.

Las primeras reflexiones importantes de la segunda posguerra (las de los autores de la Escuela de Frankfurt) apuntaban que la barbarie nazi no era sino la consecuencia de la aplicación radical de las leyes de la técnica a la sociedad de masas. La ideología del progreso, formulada por la Ilustración, llevaba implícita esa barbarie. El aumento de la productividad gracias a la tecnología proporcionaba a los grupos que disponían de ella una enorme superioridad sobre el resto, desapareciendo el individuo frente al aparato técnico al que servía. La apropiación de la naturaleza mediante la técnica no liberaba al individuo de las constricciones naturales sino al precio de otras más temibles: las que imponía la propia técnica. El hombre se había vuelto esclavo de los instrumentos que le tenían que liberar de la naturaleza. En política era lo mismo: el Estado funcionaba como un mecanismo. La razón tecnológica se implicaba en la dominación, era razón política.

La derrota nazi significó una detención del proceso de masificación materializada en la constitución de Estados "sociales", nacidos en la posguerra de un pacto de reconstrucción entre los nuevos dirigentes

liberales del Estado y los sindicatos y partidos obreros reorganizados. La solución a la crisis social era la fusión entre Capital y Estado, esencialmente la misma que la de los nazis --y la soviética--, pero llevada a cabo mediante acuerdos y alianzas y no por medio de prácticas terroristas. Por eso no fue acompañada de una detención del proceso tecnificador de la producción industrial, sino por un incremento del mismo, merced a la introducción en la sociedad civil de la tecnología de origen militar puesta en pie por la segunda guerra mundial; eso sí, con la aquiescencia sindical. El Estado de la posguerra juega un nuevo papel en la inserción de las economías nacionales al mercado mundial. A través de la empresa pública adquiere importancia como promotor de actividades económicas y creador de empleos (keynesianismo, New Deal), y mediante los acuerdos tripartitos entre la patronal y los sindicatos, habituales en los años sesenta, institucionaliza la colaboración de clases (llamada pacto social, contrato social o concertación) si todavía puede hablarse de clases. El Estado ha llegado a sustituir a la sociedad, haciéndose cargo de los servicios sociales. Sindicatos y partidos son sus apéndices. La clase obrera, de la que sólo quedan fragmentos, no tiene voz ni proyecto.

El periodo que va desde la posguerra a los ochenta viene caracterizado por la política empresarial de automatización. De entrada la automatización proseguía el proceso de descualificación obrera iniciado en el periodo de entreguerras a escala mayor, pues ya no se trataba de crear un proletariado sin cualidad, dócil y manipulable, sino de separarlo totalmente de la producción. La clase obrera dejaba de ser fuerza productiva, el tiempo de trabajo en su forma inmediata dejaba de ser medida del precio de las cosas y el trabajo acumulado ya no representaba lo esencial de "la riqueza de las naciones". Y en consecuencia, la impropriadamente llamada clase obrera dejaba de ser agente posible de la transformación histórica. El terreno de encuentro entre pensamiento y acción, entre teoría y práctica, se había evaporado.

La automatización fue impulsada para controlar directamente el

puesto a su servicio el conocimiento científico. El progreso científicotécnico proporciona a los individuos una vida que se supone tranquila y cómoda y por eso es necesario y deseable. La técnica, que ahora se ha convertido en la ideología de la dominación, proporciona una explicación suficiente para la no libertad, para la incapacidad de los individuos de decidir sobre sus vidas: la ausencia de libertad implícita en el sometimiento a los imperativos técnicos es el precio necesario de la productividad y el confort, de la salud y el empleo. La idea del progreso era el núcleo del pensamiento dominante en el periodo de ascenso y desarrollo de la burguesía, progreso que pronto perdió su antiguo contenido moral y humanitario y fue identificado con el avance arrollador de la economía y con el desarrollo técnico que lo hacía posible. Efectivamente, los inventos técnicos y los descubrimientos científicos en el siglo XIX fueron tantos y provocaron tantos cambios económicos que generaron en los países industrializados, y no sólo entre su clase dirigente, una religión de la economía, una creencia en ella como la panacea de todas las dificultades. El progreso de la cultura, de la educación, de la razón, de la persona, etc, derivaría necesariamente del progreso económico. Bastaría un correcto flincionamiento de la economía para que la cuestión social cesara de dar disgustos. El mismo proceso se repetirá más tarde con la técnica, ante el fracaso definitivo de las soluciones económicas. Porque vueltos a la sociedad civil tras dos grandes guerras, se impone el pensamiento militar un pensamiento eminentemente técnico y los propios problemas económicos se creerán resolver con procedimientos y adelantos técnicos. *La economía pasó a segundo plano* y la técnica se emancipó. La propia economía ya no es más que una técnica.

"La emergencia de la tecnología occidental como fuerza histórica y la emergencia de la religión de la tecnología son dos aspectos del mismo fenómeno" (David F. Noble, **La Religión de la Tecnología**). Según este autor, el deslumbramiento ante el poder de la técnica tiene raíces en antiguas fantasías religiosas que perviven en el inconsciente colectivo de los hombres: la Creación, el Paraíso, el virtuosismo divino, la perfectibilidad infinita, etc. Eso significa que la técnica posee un fuerte contenido ideológico desde los comienzos, que ha

para nosotros, *"toda guerra venidera será a la vez una rebelión de esclavos de la técnica"*.

Los adelantos técnicos, son todo menos neutrales, en todo desarrollo de las fuerzas productivas debido a la innovación técnica siempre hay ganadores y perdedores. La técnica es instrumento y arma, por lo que beneficia a quienes mejor saben servirse de ella y mejor la sirven. Un espíritu crítico heredero de Defoe y Swift, Samuel Butler, denunciaba el hecho en una utopía satírica. *"...en esto consiste la astucia de las máquinas: sirven para poder dominar(...); hoy mismo las máquinas sólo sirven a condición de que las sirvan, e imponiendo ellas sus condiciones(...)* ¿No queda manifiesto que las máquinas están ganando terreno cuando consideramos el creciente número de los que están sujetos a ellas como esclavos y de los que se dedican con toda el alma al progreso del reino mecánico?" **(Erewhon o allende las montañas)**. La burguesía utilizó las máquinas y la organización "científica" del trabajo contra el proletariado. Las contradicciones de un sistema basado en la explotación del trabajo que, por un lado expulsaba a los trabajadores del proceso productivo y, por el otro, alejaba de la dirección de dicho proceso a los propietarios de los medios de producción, se superaron con la transformación de las clases sobre las que se asentaba, burgueses y proletarios. La técnica ha hecho posible un marco histórico nuevo, nuevas condiciones sociales las de un capitalismo sin capitalistas ni clase obrera que se presentan como condiciones de una organización social técnicamente necesaria. Como dijo Mumford, *"Nada de lo producido por la técnica es más definitivo que las necesidades y los intereses mismos que ha creado la técnica"* **(Técnica y civilización)**. La sociedad, una vez que ha aceptado la dinámica tecnológica se encuentra atrapada por ella. La técnica se ha apoderado del mundo y lo ha puesto a su servicio. En la técnica se revelan los nuevos intereses dominantes.

Cuando *"la dominación de la naturaleza queda vinculada con la dominación de los hombres"* (Herbert Marcuse, **El Hombre Unidimensional**), el discurso de la dominación ya no es político, es el discurso de la técnica. Busca legitimarse con el aumento de las fuerzas productivas que comporta el progreso tecnológico una vez que ha

proceso productivo y anular el poder de los trabajadores sobre el mismo, controlando a éstos a través del control de aquél. Al poner en relación directa a la dirección con las máquinas arrebató a los obreros el control de las mismas y eliminaba toda resistencia basada en ello. Los talleres perdían toda posibilidad de decisión y planificación en provecho de los directivos. Si la productividad y la competitividad enarboladas como excusa resultaron problemáticas, no lo fue el desplazamiento de los obreros, abocados al subempleo y al paro. La tecnología automática no vino pues para ahorrar trabajo a los obreros, sino para ahorrar obreros al capital. El declive de la posición negativa de la clase obrera ante la nueva ofensiva tecnológica fue evidente. La desintegración de la clase obrera fue continuada por la integración de sus componentes individuales, gracias al desarrollo del sector terciario, gran creador de puestos de trabajo, y a una amplia oferta de consumo posible. La automatización reemprendía el proceso de transformación de las clases en masas auxiliada por el consumo. La soledad y el aislamiento del hombre masa, gracias a los adelantos técnicos que amueblaron la vida privada como los electrodomésticos, el coche o la televisión, se volvía soportable. Entonces las masas consumían su frustración y agresividad en el hogar y no en la calle.

El proceso no ocurrió en todas partes igual, ni a la misma velocidad. En la Europa de los sesenta los pactos sociales habían preservado el estatus de una generación de trabajadores a costa de que el capitalismo, con la ayuda de los sindicatos, reorganizase el trabajo de las nuevas generaciones en función de sus intereses. Eso provocó una escisión en el proletariado entre "viejos", semicualificados, con tradición de luchas sindicales, con derechos laborales, y "jóvenes", sin oficio específico, con menos derechos, sin historia. Sin embargo éstos fueron los primeros en radicalizarse. En los sesenta y setenta, al calor de la ofensiva capitalista y también gracias a la debilidad sindical, o a la parálisis momentánea de las fuerzas políticas y represivas del Estado (lo que se llama un vacío de poder), ambas fracciones pudieron caminar juntas y anunciar "un segundo asalto proletario contra la sociedad de clases". Mayo del 68 fue la prueba de ello, así como también las huelgas obreras en Polonia, las ocupaciones de fábricas tras la revuelta portuguesa de los

claveles, la revuelta “rampante” italiana, o el movimiento asambleario español. El retorno de los sindicatos a las mesas de negociación, el perfeccionamiento del aparato represivo, la precariedad y el paro, consiguieron romper dicha unidad y destruir la conciencia incipiente de una generación rebelde. En este periodo, como ya hemos dicho antes, los sindicatos no son reformistas: son directamente agentes de la patronal y el Estado, actúan directamente a su servicio. La terciarización de la economía, la deslocalización de empresas, que marchaban hacia países de mano de obra barata y sumisa, y la reconversión industrial o “reestructuración” de amplios sectores productivos puso fin a ese “segundo asalto”.

A partir de los ochenta se hace cada vez más raro hablar de la “clase obrera” --el término desaparece casi completamente del vocabulario sociológico, filosófico o político-- y en cambio aparece el concepto no clasista de “excluido” aplicado a quienes se encuentran al margen del sistema, a los “nuevos pobres” expulsados de la producción. Las nuevas condiciones permiten la elevación del nivel de vida de una minoría trabajadora, normalmente con estudios, y el mantenimiento del nivel alcanzado por los obreros en sectores expansivos, lo que con la presencia de cuadros técnicos, nuevos agricultores, pequeños empresarios, empleados y funcionarios, cristaliza una clase media asalariada favorable al orden, conservadora y adicta a los valores de la dominación. Ni la explotación ni la marginación han desaparecido, como demuestran los “excluidos”, pero en gran parte han sido desplazadas a países “emergentes” del Tercer Mundo. Con la informatización la política empresarial experimenta un giro de 180 grados. Se favorece la flexibilidad productiva, la descentralización, la automatización de los servicios, la eliminación de empleados y técnicos. El proceso de automatización había incrementado los stocks de maquinaria y consiguientemente, aumentado la proporción de capital fijo. El nuevo capitalismo camina en sentido contrario, reduciendo al mínimo el capital fijo. Las máquinas, bienes y servicios se alquilan (sobre todo en “leasing”) o subcontratan a otras empresas, procedimiento conocido ahora como “externalización”, eficaz contra

¿Dónde estamos?

Algunas consideraciones sobre el tema de la técnica y las maneras de combatir su dominio

Miguel Amorós

¿Qué tratamos de realizar? Cambiar la organización social sobre la que reposa la prodigiosa estructura de la civilización, construida en el curso de siglos de conflictos en el seno de sistemas avejentados o moribundos, conflictos cuya salida fue la victoria de la civilización moderna sobre las condiciones naturales de vida."

William Morris, ¿Dónde estamos?

Walter Benjamín, en su artículo **Teorías del fascismo alemán**, recuerda la frase aparentemente extemporánea de León Daudet, “*el automóvil es la guerra*”, para ilustrar el hecho de que los instrumentos técnicos, no encontrando en la vida de las gentes un hueco que justifique su necesidad, fuerzan esa justificación entrando a saco en ella. Si la realidad social no está madura para los avances técnicos que llaman a la puerta tanto peor para la realidad, porque será devastada por ellos. El resultado es que la sociedad entera queda transformada por la técnica *como tras una guerra*. Realmente, con sólo citar la gran cantidad de desplazamientos de la población, la enormidad de datos almacenados y procesados por la moderna tecnología de la información y el gran número de bajas por accidentes, suicidios o patologías contemporáneas, parece que una guerra, en absoluto fría, sucede a diario en los escenarios de la economía, de la política, o de la vida cotidiana. Una guerra en la que siempre se busca vencer gracias a la superioridad técnica en automóviles, en ordenadores, en biotecnologías... Por la propia naturaleza de la sociedad capitalista, los cada vez más poderosos medios técnicos no contribuyen de ningún modo a la cohesión social y al desarrollo personal, ya que la técnica sólo sirve para armar al bando ganador. Para Benjamin pues, y

los colectivos obreros reivindicativos. Se extienden las grandes empresas monopolistas (las multinacionales). Las nuevas tecnologías han "mundializado" la economía, entronizando el predominio del capital financiero. Es la llamada globalización. La función social y económica del Estado toca a su fin. La división del trabajo se intensifica, como la explotación y la descualificación. La fuerza productiva principal ya no son las máquinas sino el capital "cognitivo", la potencialidad mercantil de la capacidad intelectual y los conocimientos de los individuos. Tal como demuestra la multiplicidad de salarios, frente a este capitalismo cada individuo negocia su "capital personal"; cada individuo es empresario de sí mismo y explotador de su propio trabajo. Son los integrados al mercado, separados de los excluidos: un subproletariado marginado y canalla.

Desde los años noventa la exclusión se politiza y la agitación social adopta formas humanitarias que reivindican la reinserción: movimientos de parados, de sin papeles, de sin techo, etc., ONGs y plataformas cívicas. Nace el "ciudadanismo", una ideología que recoge las aspiraciones de las nuevas clases medias amenazadas a su vez por la globalización, y que proclama la necesidad absoluta del Estado como mediador. No son verdaderas clases, por lo que no son capaces de formular intereses comunes y se ven abocadas a recurrir al Estado y a los viejos partidos, que, completamente desideologizados, rehacen sus programas con las propuestas ciudadanistas. Constituyen todos juntos una especie de *partido del Estado*. La clase obrera ha dejado de existir. La condición salarial se ha generalizado, pero no se puede constituir una comunidad de intereses por el simple hecho de cobrar un salario a cambio de su fuerza de trabajo. La naturaleza del trabajo o su explotación no permiten ningún tipo de relaciones especiales, de clase. Lo cual no quiere decir que no puedan formarse grupos obreros en las empresas y mantener luchas admirables. Lo que resulta imposible es la formación de un espíritu de clase a partir de ellas. Estamos nuevamente en una sociedad de masas a la que se ha llegado empleando medios suaves, medios técnicos. Las nuevas

tecnologías permiten un seguimiento y un control individuales en tiempo "real" inconcebibles hasta hace muy poco. Asimismo multiplican los medios de evasión "lúdica" y aislamiento confortable. No se trata de hombres-máquina, sino de máquinas inteligentes y hombres estúpidos, hombres esclavos de las máquinas. No faltan quienes aplauden la terrible desposesión del hombre moderno, su alienación brutal, la irremisible pérdida de relaciones humanas, que resultan de tanto equipamiento técnico, de tanta "información", como si fuera una "nueva libertad", síntoma inequívoco de la idiotización contemporánea. La dominación es hasta tal punto un asunto técnico que podemos afirmar que las nuevas tecnologías se han adueñado del mundo y lo han convertido en un campo de pruebas. El mundo no es sino el mundo de la tecnología. No es el fin de la revuelta, es el fin de un tipo de revuelta. Los conflictos no pueden interpretarse como lucha de clases porque el poder no tiene enfrente a una clase. Pero son luchas contra el poder al fin y al cabo. La subversión no ha de darse por vencida, sino que ha de comprender las nuevas condiciones que rigen las sociedades y actuar en consecuencia. Y partir de una vieja verdad, la de que no se puede combatir la alienación con medios alienantes.

(12)"Notes sur le Manifeste de Krisis" en "Nouvelles de nulle part n°4".

(13)Extraído de "La formación de la humanidad" de Richard Leakey.

(14)La constatación de que todo lo que necesitamos del medio es hoy fabricado y vendido por la sociedad industrial no debe convertirnos en expertos de no se sabe qué consumo responsable o ecológico, sino que debe movernos para empezar a organizar la reconstrucción de una auténtica cultura productora, por muy arduo que sea este camino.

(15)Ver, por ejemplo, el folleto "los municipios libres" del anarquista Federico Urales.e

(4) Se sabe incluso que le mismo paleolítico no goza de los favores del padre espiritual del primitivismo, John Zerzan. Cuando nosotros hablamos entonces de primitivismo, nos referimos sobre todo a sus seguidores improvisados en España. En cuanto al mismo Zerzan, no hemos considerado necesario repetir la justa crítica que otros le han hecho antes. Alain C. en su folleto "John Zerzan y la confusión primitiva" (Etcétera), denunciaba lo que hay que entender como una ideología.

(5)"Historie des agricultures du monde", Marcel Mazoyer y Laurence Roudart, (Seuil 1997), pag.89.

(6)"Le troisième chimpanzé" (NRF essais Gallimard).

(7)"Neandertaliens, bandits et fermiers, les origines de l'agriculture", e Colin Tudge, (Cassini 2002).

(8) Idem

(9)No se trata aquí para nosotros de negar toda legitimidad a la espacialización. La simplificación histórica es necesaria. Mumford, al interpretar el neolítico no hace otra cosa, pero con la sutileza de un espíritu generoso -¡esa es la diferencia!

(10)"Nouvelles de nulle part nº4". Es en ese sentido que hay que arrojar sobre el fenómeno de la agricultura una mirada no reduccionista. Es innegable que la generalización de la agricultura en el neolítico ha entrañado diversas consecuencias que algunos pueden considerar nefastas: crecimiento continuo de la población, enfermedades, desigualdades sociales y sexuales, despotismo. ¿Pero son todas ellas imputables a las prácticas agrícolas? Y además ¿la historia social de la agricultura no ofrece ejemplos de una sociedad equilibrada?

(11)Semprún, Jaime "Le fantome de la theorie" en "Nouvelles de Nulle part nº4".

Carta abierta a los primitivistas

Los Amigos de Ludd

Crítica a las tendencias llamadas "primitivistas" desde una posición antiindustrial y libertaria. Por la superación de modas estéticas y para alcanzar herramientas teóricas y prácticas que verdaderamente puedan tener una aplicación revolucionaria en la vida real.

El primitivismo como "anarcoprimitivismo" es un fenómeno relativamente reciente, y no todos a los que nos dirigimos lo aceptarán sin plantear objeciones. En otras palabras, cuando hablemos de primitivistas nos referiremos también, sin nombrarlos, a tendencias, corrientes, grupos o individuos que manifiestan rasgos y aspectos centrales asociados, se quiera o no al anarcoprimitivismo. Cuando hablamos de primitivismo, pues, englobamos en realidad a todos aquellos que partiendo de posiciones claramente anarquistas han llegado a situarse en la órbita de la crítica de la civilización occidental, moderna e industrial, y que rechazan por tanto la cultura y la forma de vida engendradas por dicha civilización, a la vez que basan su búsqueda de libertad y de autonomía en una relación más directa con la naturaleza entendida como estado salvaje. Es evidente, pues, que el primitivismo encuentra sus fuentes de inspiración en el anarconaturismo tanto como en el anarcocomunalismo, en cierto socialismo utópico o romántico como en figuras como Thoreau o Armand, en los ludditas ingleses tanto como en la contracultura americana de los años sesenta del pasado siglo, en la "ecología profunda" tanto como en las culturas indígenas, pero a la vez, en ciertos aspectos de la búsqueda de lo "sagrado", en el milenarismo y en diversas comunidades y sectas del pasado (1).

Así es claro que podemos hablar de un "primitivismo" como nueva forma de anarquismo ligada al rechazo de la civilización industrial, no sólo en tanto que industrial sino en tanto que "civilización". Veremos qué implicaciones puede tener esto.

Las posiciones primitivistas más extremas tienen su lugar de

nacimiento, no por casualidad, en los Estados Unidos. Al confluir las corrientes contraculturales que se habían ido posando desde los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, con las tendencias de la ecología radical y el anarquismo, las coordinadas para la afluencia de un anarcoprimitivismo estaban dadas. La conmoción provocada por el encarcelamiento del conocido saboteador americano Ted Kaczinsky, las polémicas aparecidas en revistas como *Anarchy*, *Reality Now*, *Fifth Estate*, *Green Anarchy*, entre otras, la aparición de un neoluddismo, y los escritos primitivistas de John Zerzan, son los ecos que llegaron en los años noventa del pasado siglo hasta aquí, y que ayudaron a formar la nueva conciencia. Seattle, a finales de 1999, fué el acontecimiento que reunió un poco todos estos elementos, y los unió al deseo de una acción directa violenta contra el sistema, como manifestaba el anarquista Black Block.

El primitivismo expresa entonces el rechazo explícito de una generación de anarquistas no sólo ante las viejas formas de dominación política y económica, sino también hacia las formas de vida de la civilización tecnológica, a su alejamiento de la naturaleza y a su artificialización en todos los sentidos.

Los problemas que plantea el primitivismo

Pero muy pronto el primitivismo tenía que encontrar los límites de su discurso y de su acción en los terrenos no criticados y no valorados de su propio lenguaje. Se podría decir que para escribir este texto hemos tenido que sobrestimar el mismo discurso primitivista, concederle una unidad y una continuidad que, en la realidad, es muy difícil de rastrear en su literatura.

En un principio, es fácil entender lo que se quiere expresar por rechazo a la "civilización", a la "domesticación" o por búsqueda de una vida más "salvaje" y más "auténtica". La literatura y el cine más banal de todo el siglo XX nos han aleccionado sobre esto. Para muchos, simplemente, el primitivismo es el retorno de la vieja

ambos, sin que esto, claro está, sirva para dar razones a los industrialistas, que para ocultar los desmanes ya efectuados por el capitalismo industrial se niegan a distinguir naturaleza de acción humana. Frente a ellos, diremos que nos interesa discernir que si el medio natural que rodea los asentamientos humanos es producto humano, esto no nos hará olvidar el efecto sobre el medio causado por la desmesura industrial, que ha suplantado brutalmente ya toda naturaleza y toda vida social.

Frente a todo lo que se pueda pensar, los Amigos de Ludd creemos que el anarcoprimitivismo es un síntoma de que el viejo movimiento revolucionario quiere encarnarse en otras formas de contestación, que los viejos paradigmas progresistas han caducado, que el discurso tecnológico empieza a ser cuestionado a muchos niveles, que la causa de la libertad pone en cuestión los dogmas del economicismo y la seguridad, así como los considerados progresos materiales de esta época suicida. El contenido de esta carta dice muy poco de las esperanzas que nos podamos hacer en cuanto a las posibilidades de esta corriente, pero confiando en que algunos de sus elementos más lúcidos puedan responder a nuestras críticas, esperamos que su redacción haya servido para algo.

Notas

(1) Para ver cómo se ramifica el primitivismo a través de la historia, recomendamos leer el folleto de Miguel Amorós "Primitivismo e historia" (Likiniano Elkartea, 2003). Por otro lado hay que decir, con toda justicia, que los precursores no pueden ser culpados del uso que de ellos hacen los que se pretenden sus herederos. Es el caso evidente de una figura como Thoreau.

(2) Como se sabe, el primitivismo de John Zerzan se podría considerar en muchos aspectos un pre-culturalismo.

(3) Nos consta que Zerzan ha fracasado en este intento.

Rechazamos ese aspecto curil del anarcoprimitivismo que nos predica una cierta idea de la sexualidad, del placer y del ocio. Sabemos ya cómo esta época del consumo rápido y eyaculante nos quiere convertir en insaciables buscadores de placeres y ocios, en perezosos incapaces de tejer un poco de lana, andar diez o doce kilómetros, cortar leña o leer un libro, esperando que todo lo resuelvan las máquinas y los ordenadores. Si el anarcoprimitivismo quiere simplificar nuestras vidas hasta el punto de que nos convirtamos en manadas dispersas que pasan su tiempo recorriendo su territorio y comiendo frutos silvestres, liberados de toda carga, entonces su utopía no es ni de lejos nuestra utopía.

Esta libertad sin contenidos que nos proponen los primitivistas sólo puede seducir a los que, por comodidad, se niegan a pasar a la acción de construir proyectos sólidos, cooperativos, que plantearían esencialmente un problema al Poder. La cultura del Poder se ha impuesto justamente a través de la destrucción de todas las vías de una autonomía material que antaño estaban aún próximas a la vida de los pueblos. La autonomía material se reproducía, socialmente, en la autoorganización, en la asociación y en el apoyo mutuo. Se sabe cómo amplias formas de comunalismo existieron durante algunos períodos de la historia en algunas zonas de la península. Estas formas de comunidad no deben ser modelos, estrictu sensu, para nosotros, pero sí nos ofrecen pistas de cómo se podrían idear proyectos sociales en el futuro. De hecho, algunas corrientes anarquistas tuvieron muy en cuenta la experiencia de estas comunidades (15).

Pero en cualquier caso, para que estas propuestas pudieran tener alguna efectividad los primitivistas deberían desembarazarse de una idea reduccionista de la naturaleza como estado salvaje, puro, entorno por el que el ser humano debe pasar sin dejar huella alguna. Al hilo de esta cuestión hay que recordar la insistencia del biólogo Richard Lewontin sobre el mito de un medio separado e independiente de los organismos que lo pueblan, cuando la realidad es más bien de una entidad total, íntegra, fruto de una acción mutua y constante de

contracultura americana, en una forma más sectaria y violenta. Un marcusianismo para infantes rebeldes.

Para nosotros, el primitivismo ha confundido las categorías y análisis que podían darle alguna credibilidad. Desde esa perspectiva, el primitivismo está condenado a la misma apatía que la sociedad industrial promueve: se muestra incapaz de superar el lenguaje de la provocación y de la propaganda, para hacer inteligible su proyecto a los demás. El mismo término "primitivista" es sólo una parte más de ese juego estético y de una oposición complaciente entre lo "civilizado" y lo "primitivo".

Cuando los primitivistas se oponen a la civilización ¿a qué se refieren exactamente? ¿a la civilización occidental contemporánea? ¿a la forma de vida urbana, tecnificada y dotada de una organización política estatal, jerarquizada, de la que dan ejemplo otras civilizaciones históricas? ¿O, más aún, al llamado "proceso de civilización"? Pero, también, un cierto primitivismo identifica "civilización" con cultura, sin acabar de caracterizar esta última.

Es evidente que los primitivistas se oponen más o menos a todas las categorías de civilización que hemos enunciado, confundiéndonlas todas sin empacho. Digamos que su definición de civilización es principalmente negativa: civilización se define por lo que no es. La civilización no es lo salvaje, no es lo auténtico, no es lo ecológico, no es lo libre y no es... lo primitivo. El trato lúdico dado a la palabra "primitivo" expresa más bien el deseo de una complicidad con aquéllos que sienten que la civilización tecno científica es la esencia de la civilización en general, opuesta a un mundo indígena que vivía adaptado a la naturaleza, sin jerarquías, en clanes igualitarios y cubriendo sus necesidades, y sus órganos, de una forma extremadamente simple.

En otras palabras, bajo el pretexto del rechazo a la "civilización" los primitivistas llegan al rechazo de lo que, universalmente, se conoce por "historia". El primitivismo podría ser, entre otras cosas, un "prehistoricismo" (2).

De aquí se desprenden al menos dos problemas. Uno es puramente empírico. Si los primitivistas pretenden fundar su utopía en base a las culturas llamadas "primitivas" o "prehistóricas" -en cuanto a sus modos de vida anti-jerárquicos, sencillos, naturalizados, etc.- se encontrarán con el problema de documentar con exactitud los rasgos de esas culturas, lo que es extremadamente difícil. Si los primitivistas quieren, con todo rigor, tener a las culturas primitivas como referente, tendrán que ofrecernos un cuadro lo más verídico posible de la vida de esas culturas, o contraculturas (3).

Ahora bien, sabemos que los primitivistas no se preocupan tanto por esta cuestión como por usar vagamente el término "primitivista", al que oponen tanto "cultura" como "civilización", a las que señalan como origen de nuestros males. Y aquí entra el segundo problema. Si los primitivistas no han conseguido demostrar que la vida prehistórica era fundamentalmente buena y libertaria, tampoco han conseguido proponer ningún argumento serio para demostrar que bajo las culturas históricas y lo que vulgarmente se entiende por civilización, toda la vida era nociva y autoritaria.

Los primitivistas han sido víctimas de una utilización tosca de términos como "historia", "naturaleza", "cultura" y "civilización".

Si entendemos civilización como movimiento histórico muy amplio vinculado a la aparición de grandes imperios, totalitarios o conquistadores, grandes culturas comerciantes y marítimas, grandes comunidades religiosas, demarcaciones territoriales inmensas ocupadas por pueblos unidos por el poder y la lengua, etc., veremos efectivamente un mapa de la opresión política y social, veremos la discriminación, la explotación e incluso el genocidio. Veremos que, como decía Hegel, "la historia no es el lugar de la dicha". Si, al igual que escribía Walter Benjamin "todo documento de cultura es así mismo un documento de barbarie" podemos considerar que no ha habido cultura histórica que no se hayalevantado sobre algún tipo de dominación y violencia. Así toda mitología libera y reprime, todo arte es documento de gozo y de horror, toda adaptación abre una

fundamentalmente vegetal, dado el expolio que supone la producción de carne para las pequeñas economías campesinas de todo el mundo - y los suelos y acuíferos. La "decencia común" -como diría Orwell- nos llama a mostrar nuestro rechazo más frontal ante las crueldades a las que se someten a los animales en el mundo de hoy, así como al saqueo brutal al que se somete toda vida en el mundo del capitalismo industrial. La preocupación por lo hábitos de consumo son un primer paso hoy para activar la conciencia de lucha (14). Dicho esto, volvemos a insistir en que más allá de estas sencillas verdades empieza un terreno de conjeturas y vaguedades que ha hecho del anarcoprimitivismo una corriente caricaturesca.

Es en ese sentido que hablamos del primitivismo como una ideología hecha de confusas certezas y de semi-verdades, lo que constituye hoy un obstáculo importante para que sus propios participantes puedan aclararse sobre las causas que defienden.

Los errores del primitivismo engordan además con las peores secuelas del nihilismo contemporáneo, lo que a veces presenta al primitivismo como una ideología más de la impotencia. Nos referimos a sus propuestas hedonistas o pretendidamente subversivas (de ahí a veces la reivindicación vaneigemista del placer o el rechazo ultraizquierdista del trabajo) que lo incorporan al más radical conformismo.

La propaganda primitivista liga la búsqueda de la libertad al rechazo de una civilización que habría domesticado al animal humano, imponiéndole todo tipo de restricciones. ¿Hasta cuándo vamos a tener que seguir escuchando estas simplezas? La dicha de convivir con otros, la relación directa con las cosas naturales -incluida nuestra propia humana naturaleza- el esfuerzo de crear algo, de construir en común y en libre diálogo crítico, la búsqueda de un cierto saber empírico, la resistencia al Poder..., todo ello creció y se desarrolló en el alma humana, individual y colectiva, a través de siglos y siglos de construcción y lucha histórica. No tiene sentido ir a buscar estos valores, en su estado puro, en una insospechada época prehistórica.

exactamente la misma inteligencia que nosotros. Es de suponer que hubieran caído en la cuenta de que con los caballos podían hacer algo más que simplemente tirarles una lanza cuando tenían hambre" Podemos hacer conjeturas acerca de cómo la gente de la glaciación se sirvió de los caballos arreados. La estampa de que galoparán por las praderas heladas de Europa quizá choque con las ideas preconcebidas de los arqueólogos sobre la vida durante este período, pero bien podría ser correcta."(13)

La domesticación de otras especies animales se remonta a las primeras edades de la humanidad. No es, pues, una secuela de la civilización, es una técnica arcaica como los instrumentos de piedra y la recolección. Si la domesticación de animales es un signo de dominación, entonces toda vida humana histórica está basada en alguna forma de dominación, lo que no podemos aceptar como presupuesto válido. Si en la vida histórica de los pueblos se ha impuesto, por desgracia, la tendencia de la dominación, habrá que buscar sus orígenes en una derrota real de las comunidades para aprender a autoorganizarse de una forma duradera en consonancia con su entorno, y en el desprecio de todo poder. Pero contra el prejuicio primitivista que niega la legitimidad de la domesticación de otras especies, poco se puede oponer, pues encontramos ahí otra supertición ininteligible de la conciencia moderna. El deseo de dejar intacta la naturaleza no humana procede de una desesperación muy humana que hay que superar.

Conclusiones.

Las preocupaciones de los primitivistas por la liberación animal, la permacultura, el crudismo, el veganismo, etc. caen por idéntica razón dentro de la misma esfera de fenómenos interpretados pobremente. Es normal que por simple higiene moral practiquemos en la medida de lo posible el boicot a los productos industriales. Es normal que rechacemos el consumo de carne en las condiciones de horror en las que hoy se crían los animales. Es normal que practiquemos una dieta

puerta y a la vez restringe, y el mismopensamiento simbólico, con su peligroso poder de abstracción, abre la realidad en un sentido de renuncia a la experiencia concreta de las sensaciones y su diversidad profunda. El proceso de civilización encierra períodos de construcción y destrucción histórica del mundo, de la ascensión y caída de diferentes estructuras de Poder, de transformaciones de la geografía física, a veces en una dirección fatal. Pero también encierra la construcción intelectual, moral, filosófica y estética de la conciencia humana. Esa construcción, como se sabe, está ampliamente documentada.

La pregunta que tendríamos que hacer a los primitivistas sería la siguiente: ¿hasta qué punto están dispuestos a rechazar sus propias coordenadas culturales? ¿qué es lo que piensan con exactitud de las construcciones, saberes, valores heredados tras miles de años de "civilización"?

Para sintetizar estas cuestiones deberíamos partir de algunas formulaciones básicas.

En primer lugar, la definición primitivista de civilización no tiene contenido alguno, pues a la civilización, los primitivistas oponen, con toda simpleza, una confusa noción de vida salvaje, contracultural o prehistórica.

Por otro lado, las definiciones primitivistas de "libertad" y "naturaleza" son totalmente abstractas; la libertad es simplemente pensada como anti-autoritarismo, anti-patriarcado y anti-jerarquía - rasgos supuestamente asociados a las culturas primitivas; la naturaleza es el todo físico al que la humanidad debe adaptarse de forma animal, para no distinguirse de ella, habitando en la naturaleza como Bataille decía que habitaban los animales, como "agua en el agua".

Finalmente, toda cuestión cultural queda soslayada. El pensamiento simbólico, el mito, la ciencia empírica, la estética, la filosofía moral, etc., sencillamente no son abordados con rigor.

Desde luego, como el primitivismo en su forma extrema es inviable, incluso como teoría, solo puede manifestarse como un cierto folklore lúdico y provocador, un anarquismo sazonado de contracultura.

Un cuadro histórico.

Según los primitivistas, desde que la especie humana hubiera salido de la edad de oro paleolítica (4), no consiguió adaptarse a los cambios sucesivos del medio, por lo que decidió, en su creciente alienación, adaptar el medio a sus necesidades, artificializarlo. La prosecución desencadenada de la artificialización se desprendería de una patente inadaptación. A primera vista, para un espíritu poco exigente, esta idea puede parecer seductora. Pero esto dejaría entender que el hombre del paleolítico se adaptó a todos los cambios del medio sin que interviniera nunca en él, que la adaptación era un fenómeno puramente pasivo, que la especie humana tenía con la naturaleza una relación de fusión y de espontaneidad. No obstante se sabe que nunca existió algo así, en ninguna especie conocida. Cada especie debe modificar su medio para crear su hábitat de supervivencia.

Los primitivistas, al confrontar al hombre primitivo con la naturaleza salvaje, parecen tener una visión excesivamente estática de la dialéctica de su relación. Para ellos habría existido una naturaleza salvaje cuya estabilidad o su carácter inmutable no habría sido perturbado por su relación con algún otro elemento (el hombre primitivo) quien, de esta manera, no existía por sí mismo ya que se fundía en esa naturaleza. Como mucho, cada cosa evolucionaba en compartimentos estancos, ¡de acuerdo a una existencia biológica extrañamente casi inerte!

No obstante todo se opone a esta visión osmótica de la naturaleza. No se puede negar que no se encuentre en ella ejemplos de un equilibrio ecológico notable o de aquello que un kropotkiniano podría llamar el apoyo mutuo entre las especies, pero dejando aparte el hecho de que este tipo de mutualismo no escapa a una cierta complejidad dialéctica

Cierta literatura primitivista anti-civilización ha propiciado un debate en torno a la cuestión de la dominación como domesticación, buscando en el estado salvaje las raíces cortadas de nuestra libertad. Pero una vez puesta la cuestión en ese extremo, se anuncia entonces la desaparición de todo lo que hace lo humano comprensible: el viaje hacia el estado salvaje no tiene fin, se hunde en los albores unicelulares de la especie. Una vez condenados, por los primitivistas, los períodos prehistóricos en tanto que excesivamente técnicos, culturalizantes, domesticadores o civilizatorios, es decir, inarmónicos con la Naturaleza, ¿por qué no regresar a la noche de la vida primigenia? Este primitivismo queda reducido a un biologismo militante: la conciencia, individual o colectiva, es el enemigo.

El punto culminante de las contradicciones primitivistas se produce cuando se quiere seguir ciegamente la Naturaleza, sin interferirla, y a la vez se plantea esta tarea desde una convicción moral, lo que es exterior a la Naturaleza. Pero el deseo de ciertos primitivistas de no interferir sobre la vida natural, salvaje, ¿dónde encontrará un límite? Unos dirán que es mejor renunciar a la caza, otros dirán que aceptan la caza, pero no la domesticación, algunos otros rechazarán el arte culinario e incluso la protoagricultura, los más radicales soñarán con fundirse finalmente con los ruidos nocturnos de la selva. Pues una vez establecido el dogma de una naturaleza humana y no humana se diluyen: la conciencia humana se gestó a partir de transformaciones técnicas, estéticas y morales, todas ellas ligadas entre sí, en cierto modo inseparable.

La domesticación de otras especies es, desde luego, una técnica que separa a la humanidad de las especies así domesticadas de las rutinas salvajes de supervivencia. Lo hemos visto en el caso de la agricultura.

"El uso de una brida en caballos, como la visible en el grabado de La Marche, implica que la gente o bien los montaba o bien los empleaba para tracción. "Ninguna de estas posibilidades me parece particularmente asombrosa en este período, hace unos 14.000 o 15.000 años", dice Paul Bahn. "La gente del Paleolítico superior poseía

El primitivismo como ideología. Dominación y domesticación.

La cuestión más grave en torno al primitivismo es que, en su sesgo más explícito, es la otra cara del discurso tecnológico y ultraprogresista del presente. Ambos obedecen a los mismos planteamientos anti-históricos. La civilización hiper industrial engendra tanto el entusiasmo tecnófilo como la búsqueda del salvajismo primitivo. Las dos utopías, dramáticamente enfrentadas, se encuentran en los polos de una sociedad que quiere evitar a toda costa que el pensamiento crítico escape de la tumba de banalidades al uso.

Es evidente que el primitivismo al diseñarse una utopía ficticia y radical donde se rechaza todo lo que es eminentemente histórico, se asegura de que no tendrá que mover un dedo para hacer nada durante los próximos cincuenta años.

Desde luego, el dogma primitivista es pronto dejado a un lado, y el primitivista hace cosas. Intenta practicar el asociacionismo, el comunalismo, la acción directa, el boicot, el activismo y la propaganda (llegado el caso, el sabotaje). De acuerdo. Pero justamente al entrar en la realidad de esas prácticas, con todos sus aspectos organizativos y mediadores, el primitivista se aleja tanto más de la ortodoxia primitivista. Preparar una comida en común o elaborar una publicación primitivista son tareas eminentemente civilizadas, incluso si esto no dice nada sobre la calidad de ambas.

Lo que lleva al primitivismo a un callejón sin salida es que la limitación de sus objetivos y realizaciones está unida a su confusión teórica y a su pereza para hacer inteligibles las nociones que maneja. Al tomar como dogmas fundamentales lo que no son sino cuestiones secundarias, el movimiento primitivista -si se puede llamar así- queda reducido a una extravagancia propia de la edad estudiantil. El rechazo válido que podría tener en cuanto al mundo capitalista industrial, queda reducido a una moda ultraradical que, por anti-histórica, es justamente todo lo contrario de una verdadera crítica radical.

de las relaciones -que no se deja entonces reducir tan fácilmente a términos de armonía- encontramos también ejemplos de especies animales que acometen una artificialización del medio con el fin de aumentar sus expectativas ecológicas, llegando incluso a domesticar otras especies. Si se puede hablar de mutualismo -ya que a menudo la especie explotada asegura su desarrollo gracias a la clase explotadora- se trataría en todo caso de un mutualismo disimétrico.

En cuanto a la domesticación efectuada por el hombre, es evidente que ésta ha provocado, a largo plazo, cambios biológicos en los animales y las plantas -es decir, una modificación de su carácter salvaje. Por tanto, "la domesticación es un proceso de transformación biológica, que procede de manera casi automática de las actividades de protocultivo y protocrianza, cuando éstas son aplicadas a ciertas especies salvajes, y que se explica por mecanismos genéticos perfectamente comprensibles" (5). Por lo demás, ¿acaso este carácter salvaje era estático antes? Y este hombre primitivo, él mismo salvaje, ¿no tuvo que acometer, para sobrevivir, como otras especies, el acondicionamiento de su hábitat, es decir la remodelación de una parte de la naturaleza que formaba su entorno directo?

Cuando Jared Diamond (6) intenta ver cómo los dos comportamientos negativos de la especie humana (su tendencia a matar otros grupos humanos, y su tendencia a destruir su entorno) le conducen directamente al suicidio ecológico, no solamente encuentra precursores de estos dos rasgos en los animales, sino que ofrece también ejemplos de pueblos primitivos que han saqueado su biotopo y numerosas especies. Sin llegar a afirmar que no existe en los pueblos primitivos un interés por preservar la naturaleza, Diamond muestra que la imagen rousseaniana de una edad de oro primitiva es un mito.

Difícilmente, los primitivistas pueden negar la inhabitable relación entre el hombre y su entorno. No les queda sino explicar dicha relación en términos de armonía o de dominación, y recurren a una teoría "ad hoc" para explicar el paso del primer al segundo término. Es ahí que entra en juego la domesticación. Pero como estas gentes no

se interesan más que por abstracciones o de vulgarizaciones sobre la materia, necesitamos, para ver una poco más claro, exponer cuáles son las últimas hipótesis hasta la fecha sobre la cuestión del famoso paso del paleolítico al neolítico.

A este respecto se sabe que la identificación del neolítico con una revolución agrícola es engañosa. Y que numerosos antropólogos, arqueólogos y paleontólogos de hoy buscan los orígenes de dicha revolución en un período de protoagricultura que se remonta al menos hacia el 40.000 antes de nuestra era, o más lejos, según los criterios escogidos (particularmente el de la conciencia). Pero en primer lugar ¿qué entienden por protoagricultura? Una cosa, en suma, bastante simple y evidente. Un cazador-recolector cuya alimentación dependía de la recogida de bayas salvajes, estaba del todo interesado en proteger éstas de otros predadores; "la protección de la recolecta pone de relieve la protección del territorio"(7), y es por ello un primer paso hacia la agricultura. Las precauciones aportadas a las plantas que les eran beneficiosas han esbozado los gestos y los conocimientos previos a un desarrollo ulterior de la agricultura al mismo tiempo que han modificado poco a poco el capital genético de las plantas (y los animales). Se podría mencionar el ejemplo de los aborígenes australianos que, si no practican la agricultura, no por ello dejan de dirigir una gestión de la fauna basada en las "quemadas de matorral". Al quemar metódicamente la vegetación la regeneran, y así aumentan la población de animales herbívoros que pueden cazar. La frecuentación de plantas y animales no solamente permitió a los cazadores-recolectores desarrollar lo que se podrían llamar sus técnicas agrícolas sino que también les permitió adquirir un extra en sus condiciones de supervivencia.

A propósito de este pequeño extra que habría proporcionado la protoagricultura a los pueblos homínidos que se dedicaban a ella, Colin Tudge ha expuesto la siguiente hipótesis: esta práctica, incluso si era mínima con relación a otras prácticas (caza, recolecta), explicaría muchas cosas: 1) el éxito ecológico de la especie humana, 2) su extensión geográfica, 3) la matanza del Pleistoceno, 4) la desaparición

"una organización social, sea la que sea, es ante todo una forma de apropiación de la naturaleza, y es ahí donde nuestra sociedad de la mercancía ha fracasado miserablemente" (11). Este fracaso, los primitivistas lo achacan a los primeros pasos de la humanidad, cuando hay que achacarlo a la sociedad industrial (esto no implica por supuesto que haya podido haber otras formas de fracaso anteriores, pero de ninguna manera comparables a la dimensión que alcanza el sistema industrial). Para los primitivistas, el fracaso equivale a la intención de apropiarse de la naturaleza. No ven que han existido formas históricas de esta apropiación, imprescindible para la supervivencia humana, y que hoy, es una forma histórica concreta (la forma industrial) la que hay que destruir. Si se puede decir que la artificialización es una manera desastrosa, constituida históricamente, de apropiarse de la naturaleza, y cuyo anhelo final es hoy sustituir la naturaleza por una tecnosfera, lo es en ese sentido. Los primitivistas, que de una cierta manera reconocen este proceso moderno de artificialización, lo aplican a continuación, con un reduccionismo típico de la época, al conjunto del proceso de humanización. Su rechazo les lleva a condenar la misma relación del hombre con la naturaleza, su necesidad vital de apropiarse de ella. No son las formas de apropiación lo que se condena, sino la misma apropiación, que es el terreno constitutivo del hombre. Se puede comprobar entonces que el primitivismo se deja arrastrar por su disgusto del hombre contemporáneo, y cae de lleno en un anti-humanismo. Nunca nos opondremos demasiado a esta perspectiva. Coincidimos plenamente con Jaime Semprun, que al precisar la tarea crítica del presente, afirma: "Este juicio [del conjunto de los medios técnicos desarrollados] nos reconduce ciertamente a una concepción de la vida que se desea llevar, pero esta concepción no es en absoluto abstracta o arbitraria: descansa sobre una consciencia lúcida y histórica del proceso contradictorio de la civilización, de la humanización parcial que ha permitido realizar, y que alcanza su límite con la ruptura antropológica en marcha. No se trata de una "vuelta hacia atrás", sino de reapropiarse de las fuerzas vitales de la humanidad destruyendo la maquinaria que las paraliza" (12).

de la no-contradicción permanente. ¿Nunca se les ha ocurrido pensar que la felicidad no era tal vez lo que buscaba el hombre? Y cuando, en su arrogancia pueril e indolora, afirman querer vivir el conflicto que representa la vida de un ser activo y pensante, y rechazar una paz armoniosa, es entonces para afirmar al mismo tiempo un hedonismo bestial que se distingue mal de una justificación inconsciente del mundo tal como es. Este arrebatado juvenil puede comprenderse pero la tosquedad irrealista de sus argumentos, confrontada con lo real, no puede a la larga, más que decepcionar a sus partidarios, y reforzar un poco más la desesperación ambiente.

Este Carpe diem tan elogiado, esta búsqueda del gozo del presente, y este odio por la capacidad del cerebro humano para proyectarse en el futuro son la marca de fábrica de la mentalidad moderna que quiere deshacerse de toda obligación -para empezar, la de pensar- que podría, aunque no fuera mucho, exigirle presentarse al mundo, afirmarse, constituirse poco a poco, entre risas y lágrimas, un carácter sensible con alguna consistencia. La virtualidad de su "teoría" -este corpus de eslóganes infantiles a la rica salsa vaneigemista- no depende sólo de su lectura ideológica de la prehistoria sino también de una incapacidad de pensar el presente. Situándose fuera de lo real, se ahorra el esfuerzo de tener que explicar cómo esta vuelta al estado salvaje se realizará.

Pues no se puede afirmar que las condiciones actuales posibiliten una vuelta a la holganza o a la actividad de los cazadores-recolectores, primero porque las condiciones ecológicas no se prestan a ello, y después porque la historia de la agricultura es también la de las formas de vida nobles cuya llama hay que intentar reavivar, y que la respuesta improbable pero necesaria a la cuestión de la supervivencia, que se presenta con tanta agudeza en nuestros días, pasa primero por ahí.

Y es aquí donde deberíamos abordar otra cuestión, la de la artificialización.

de los Neandertales, 5) la difusión de la agricultura en las diferentes regiones del mundo.

Es en este sentido que se puede afirmar que el neolítico no señala el nacimiento de la agricultura -su invención- sino su generalización " con la ayuda de técnicas suficientemente intensivas para provocar transformaciones visibles"(sobre plantas y animales. Colin Tudge pretende que el hombre se habría dedicado a la agricultura propiamente dicha (es decir correspondiente al período neolítico) a causa de: 1) un mecanismo de círculo vicioso según el cual cuantas más tierras cultivadas, más aumenta la población, y por tanto mayor necesidad de cultivar se produce, 2) por la crecida de las aguas en el Oriente Próximo que privó a los pueblos de sus territorios de caza, pero que pudieron en todo caso asegurar la transición gracias a la existencia de suelos propicios y de cereales como el trigo y la cebada.

Se puede lamentar que en este libro el desarrollo argumentado de la hipótesis se limite al Próximo Oriente, y que no se mencione el factor cultural en la explicación del nacimiento de la agricultura. Sobre este último punto, nos es necesario volver a las hipótesis de Lewis Mumford que deben, es verdad, ser también sometidas a un análisis crítico pero que permanecen como una fuente de inspiración sin precedentes.

En "El mito de la máquina", Mumford pone también el acento sobre un período previo de protoagricultura para explicar el desarrollo del neolítico. Si ya entonces los recolectores paleolíticos adquieren conocimientos sobre los vegetales, es en el mesolítico donde la nueva sedentarización, con las primeras construcciones durables, habrían permitido "la observación exhaustiva del comportamiento de los vegetales." Esto es lo que hace decir a Mumford que una gran parte de herramientas y de conocimientos agrícolas útiles al desarrollo de la domesticación existían antes del neolítico, y que hay entonces que buscar la originalidad de este período en una transformación religiosa. La fase neolítica reflejaría una transformación interior del hombre primitivo, es "la conciencia de la sexualidad en tanto que

manifestación central de la vida como tal, y del rol particular de la mujer tanto en la realización y simbolización del placer sexual, como en la fecundidad orgánica" que sería según Mumford la "fuerza motriz dominante" del proceso de domesticación. Pero si en el curso del neolítico, el ritual logró realizarse en el trabajo -con su nuevo carácter industrial- y le dió así una profundidad vital y cotidiana que nunca había tenido antes, esto debía dar lugar, en la dialéctica de la civilización, a dos formas opuestas de organización social, política y técnica: la institución aldeana, por un lado, y la Megamáquina, por otro lado, (de la que Mumford precisa "que sólo pudo florecer en unas pocas regiones muy prósperas en agricultura, lo cual favorecía la civilización urbana y la concentración de innumerables individuos a quienes se podía obligar a trabajar"). No expondremos aquí las razones que da Mumford para explicar el estancamiento, la esclerosis y finalmente la derrota de la institución aldeana. Sólo nos quedaremos, por gusto, pero no sin advertir contra un cierto idealismo de su parte, con una especie de descripción que daba de dicha institución:

"Allí donde las estaciones se encuentran señalan por fiestas y ceremonias; allí donde los períodos de la vida son marcados por rituales familiares y comunitarios; allí donde la comida, la bebida y los juegos sexuales constituyen el núcleo de la existencia; allí donde el trabajo, incluso penoso, está raramente separado del ritmo, del canto, del compañerismo humano y del placer estético; allí donde ni el poder ni el beneficio se adelantan a la vida, allí donde la familia, el vecino y el amigo forman todos una comunidad visible, tangible, cara a cara; allí donde cada uno puede realizar en tanto que hombre o mujer cualquier tarea que cualquier otro está cualificado para hacer -allí subsiste la civilización neolítica en sus caracteres esenciales; incluso sirviéndose de herramientas de hierro o si una furgoneta lleva al mercado los productos".

Por el contrario, el neolítico es entre los primitivistas el gran Mal, la raíz de la podredumbre civilizada. Ellos asocian sin escrúpulo: neolítico con domesticación, agricultura con sociedad de clases. Se vuelve a encontrar aquí en este esquematismo lamentable todo lo que

es capaz la falsa consciencia al proceder a una especialización(9) extrema del tiempo y de las relaciones de causalidad. Como dice Jaime Semprún en un artículo sobre el contenido fantasmal de ciertas manifestaciones de la teoría radical: "La degradación de la percepción dialéctica de lo real tiene de alguna manera un efecto retroactivo, sobre la inteligencia histórica propiamente dicha, en su forma de aplastar el curso de la historia en un encadenamiento puramente lógico de donde son eliminados, no solamente la parte contingente, sino sobre todo los conflictos que, en cada época, abrían varios devenires posibles. Este determinismo estricto, que vuelve rígidas las relaciones de causalidad sobre el modelo de la mecánica (a tal causa, tal efecto), es por él mismo una forma de especialización del tiempo: le presta en efecto los caracteres de una secuencia espacial lista para ser recorrida intelectualmente como se recorre una casa al pasar de una habitación a otra; pero se trata de una estancia museificada, donde los periodos bien distintos y delimitados (el Renacimiento, la Ilustración) se yuxtaponen sin contener ya los "procesos contradictorios y los momentos cruciales que constituirían su riqueza." "(El subrayado es nuestro).(10) Es en ese sentido que se puede decir que el anarco-primitivismo no tiene ninguna visión histórica de la humanidad. Para él, todo se reduce a un paso abrupto del hombre primitivo al hombre civilizado, todo es perversión inmediata, decadencia súbita. Ningún matiz dialéctico, ningún reconocimiento de la cohabitación de formas históricas diversas tienen valor a sus ojos. Se trata de una historia explicada a los niños -una antropología dibujada con trazo grueso en estrecha filiación con la visión progresista dominante donde se procede a una oposición tosca entre dos modelos. Este radicalismo virtual (buscar la raíz del Mal y querer recomenzar todo desde cero) es un puro producto de la impotencia moderna.

Los primitivistas, con su visión nostálgica de la felicidad salvaje (para utilizar categorías clásicas, trabajo integrado en la vida y tiempo de descanso y de recreo superiores al tiempo de trabajo en las sociedades primitivas), no comprenden nada de la tragedia que habita en el ser humano. La vida salvaje, o primitiva, para los primitivistas, es aquella